

**MACIÑEIRA Y LOS ESTUDIOS DE IDENTIDAD EN EL NACIMIENTO DE LA PROTOHISTORIA GALLEGA, 1890-1950: DE LOS MODELOS DE OBERMAIER Y BOSCH AL ESTADO DE LA REPRESIÓN (\*)**

**MACIÑEIRA AND THE IDENTITY STUDIES IN THE BIRTH OF THE GALICIAN PROTOHISTORY, 1890-1950: FROM OBERMAIER AND BOSCH'S MODELS TO THE REPRESSION STATE**

**Juan Carlos DOMÍNGUEZ PÉREZ**

**Doctor en Historia. Miembro del Grupo P.A.I. HUM-440. C/Cardenal Zapata nº 5 – 3º. 11004 – Cádiz. Correo electrónico: jcarlosdp2004@yahoo.es**

**BIBLID [1138-9435 (2009) 11, 1-286]**

**Resumen.**

El propósito de este artículo es poner de relieve el papel de F. Maciñeira (1870-1943), uno de los arqueólogos más importantes de la protohistoria gallega, en la incorporación de la metodología científica en la arqueología gallega, así como en la elaboración de los principios de la identidad de los así llamados nacionalismos periféricos. Se pone en relación su obra con los avatares que sufre la arqueología española de la primera mitad del siglo XX, con la pugna entre la escuela de Obermaier y la de Bosch por imponer sus modelos explicativos en Galicia y, sobre todo, con la represión de los temas y los enfoques que impone el nuevo estado franquista tras la Guerra Civil.

**Palabras clave:** Franquismo, estudios de identidad, esencialismo, arqueología de Galicia.

**Abstract.**

The aim of this paper is to emphasize the role of F. Maciñeira (1870-1943), one of the most important archaeologists in Galician prehistory, in the incorporation of scientific methodology in the Galician archaeology and the elaboration of principles of identity in the so-called peripheral nationalisms. His studies are put in relation with the vicissitudes the Spanish archaeology suffers during the first half of the 20<sup>th</sup> century. We also discussed the struggle between Obermaier and Bosch's schools to impose their own explicative models in Galicia and, overall, with the repression of the topics and approaches the new Franco's government imposed after the Spanish Civil War.

Fecha de recepción del artículo: 20-XI-2009. Fecha de aceptación: 21-XII-2009.

Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social, 11, 2009, 171-221.

Universidad de Cádiz

DOI: [http://dx.doi.org/10.25267/Rev\\_atl-mediterr\\_prehist\\_arqueol\\_soc.2009.v11.06](http://dx.doi.org/10.25267/Rev_atl-mediterr_prehist_arqueol_soc.2009.v11.06)

**Key-words:** Franco's regime, identity studies, esencialism, Galician archaeology.

**Sumario:**

1. Maciñeira: intelectual reformista y arqueólogo pionero. 2. La obra de Maciñeira y la arqueología española del primer tercio del siglo XX. 2.1. La arqueología peninsular de principios de siglo. 2.2. La arqueología gallega en el contexto ideológico del nacimiento del nacionalismo periférico. 2.2.1. Las bases ideológicas remotas e inmediatas de la nueva burguesía nacionalista. 2.2.2. Bouza-Brey y el Seminario de Estudios Gallegos: la construcción de un modelo explicativo de la prehistoria gallega alternativo al de Hugo Obermaier. 2.2.3. La relación científica de Maciñeira con Pericot y la Escuela de Bosch Gimpera. 2.2.4. La evolución de los acontecimientos con la Guerra Civil. 3. Las tesis de Maciñeira sobre la protohistoria gallega: las navegaciones prerromanas y la fundación de Bares. 3.1. El puerto de Bares: localización y descripción. 3.2. Hallazgos asociados. 3.3. Datación. 3.4. Fundamentación histórica. 3.4.1. Argumentos literarios: la ruta fenicia hacia el estaño de las Casitérides. 3.4.2. Argumentos toponímicos: la identificación de los accidentes geográficos de la zona en la *Geografía* de Ptolomeo. 3.4.3. Argumentos náuticos: las derrotas naturales en las travesías atlánticas. 3.4.4. Argumentos económicos: las antiguas vías de acceso al interior. 3.5. El comercio marítimo atlántico frente al mito civilizador romántico. 4. Maciñeira y su tiempo: un trabajo sin reconocimiento. 4.1. Entre el anticuarismo, el positivismo y el evolucionismo. 4.2. Su concepción de la protohistoria gallega: fuentes teóricas e ideológicas. 4.3. Maciñeira ante el problema del Bronce Atlántico. 4.4. La identidad protohistórica en el regionalismo gallego: esencialismo étnico, diversidad ideológica y mercadotecnia del proceso. 5. Bibliografía.

**1. Maciñeira: intelectual reformista y arqueólogo pionero.**

Arqueólogo y miembro numerario de la Real Academia de la Historia, Federico Maciñeira y Pardo de Lama (1870-1943) es uno de los historiadores españoles con más proyección universal del primer tercio del siglo XX y reconocido pionero de la arqueología gallega, a pesar de que tanto su figura como su obra científica han sido maltratadas por razones político-ideológicas. Maciñeira fue miembro numerario de la Sociedad Española de Historia Natural, de la Real Academia Gallega (fundada en 1905 bajo la dirección de Murguía), de la Sociedad de Antropología, así como socio colaborador del Seminario de Estudios Gallegos, socio de mérito de la Sociedad Arqueológica de Pontevedra y correspondiente del Instituto Histórico do Miño (Portugal), entre otros (Bouza-Brey, 1947: 12). De esta dedicación, así como de su conocimiento exhaustivo de los hallazgos que se producían, aún quedan pruebas explícitas como las noticias recogidas en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (1903: 142-144) en el que, a partir de una carta del autor fechada en Ortigueira el 9 de Enero de 1903, se le

reconoce también como “correspondiente” en la zona.



**Figura 1.** Federico Maciñeira (foto publicada por Maciñeira, 1947: 2)

Como arqueólogo e historiador inició sus investigaciones en 1893 de los yacimientos prehistóricos de la comarca de Ortegal, lo que le llevaría a escribir años más tarde sus “Investigaciones prehistóricas de Galicia” (Maciñeira, 1895a y 1895b). Progresivamente fue centrando su atención en los estudios sobre la protohistoria gallega publicando en esta línea “Fenicios en Galicia” (Maciñeira, 1896b) junto a distintas colaboraciones en la *Revista Crítica*

de *Historia y Literatura española, portuguesa e hispano-americana* en las que intentaba poner al día el tema y los hallazgos documentados sobre “Los castros prehistóricos de Galicia” (1897a, 1897b y 1900).

Ya en 1.909 es elegido miembro de la delegación de historiadores que representa a España en el *Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistóricas* que se celebra en París. Entre 1911 y los años veinte, en cambio, Maciñeira, centrado en la preparación de una monografía dedicada al santuario de San Andrés de Teixido, no publica ningún trabajo dedicado a la arqueología prehistórica (Armada, 2003: 58). No será hasta finales de estos años veinte cuando retoma el que había de ser su tema central y publica los “Nuevos hallazgos arqueológicos en el Puerto de Bares” (Maciñeira, 1928). Un año más tarde es nombrado miembro de la delegación de historiadores que representa a España en el *Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistóricas* que se celebra en Barcelona, con motivo de la Exposición Universal. Allí lee su trabajo: “Relaciones entre Galicia e Inglaterra en las épocas prehistóricas”, ilustrado con una valiosa documentación gráfica.

Por estos años llega también a ocupar cargos públicos como los de Alcalde de Ortigueira, Diputado Provincial de La Coruña o Jefe Superior de la Administración Civil (Bouza-Brey, 1947: 14). En 1.930, por Real Orden de 25 de Marzo, es nombrado *Delegado Director de las Excavaciones Arqueológicas en el puerto prerromano de la Estaca de Bares*, dotadas con un presupuesto de 5.000 pesetas. Allí dirige varias campañas anuales que se desarrollan hasta 1932 consiguiendo que en 1933, como consecuencia de estos trabajos, la Estaca de Bares fuese declarada Sitio de Interés Nacional como recoge el diario *La Voz de Galicia* en su edición del 11 de Octubre de 1935. Su obra y su propia evolución científica sufrirán a partir de estos años los avatares previsibles por parte de un régimen represivo empeñado en la restauración ideológica y física de una España monolítica y centralista insensible a la incorporación de la diversidad desde las fuentes intelectuales del estado.

## **2. La obra de Maciñeira y la arqueología española del primer tercio del siglo XX.**

### **2.1. La arqueología peninsular de principios de siglo.**

No está de más recordar que el contexto histórico de la España del XIX y las primeras décadas del siglo XX está condicionado por el modelo político de la Restauración, que representaba una sociedad dominada por el caciquismo y una estructura de la propiedad en manos de unos pocos terratenientes poderosos e influyentes que ejercían su control de los medios de acción y representación frente a una masa de campesinos hambrientos. Paralelamente se producía el nacimiento de un proletariado industrial incipiente en las pocas ciudades inicialmente industrializadas (Barcelona, Bilbao).

En este marco social habría que subrayar también el escaso poder de la burguesía, de ideas liberales y progresistas, partidaria del cambio y de la transformación social y política,



germen de las ideas republicanas, así como la poderosa influencia de la Iglesia Católica en la mayoría de los ámbitos de la vida del país. Esta última cuestión resultará decisiva para nuestros estudios puesto que, en lo relativo a la implantación y desarrollo de los estudios prehistóricos, su actitud fue de rechazo total a las tesis evolucionistas (Ramos *et al.*, 2008: 109).

En esta coyuntura y bajo la tradición crítica de la Institución Libre de Enseñanza, los estudios relativos a los distintos procesos protohistóricos peninsulares deben encuadrarse en el debate sobre el origen nacional de la segunda mitad del siglo XIX que se desprendía de las claves de interpretación histórica elaboradas por la nueva clase burguesa empeñada en reinterpretar el pasado con el fin explícito de legitimar su toma del poder y dotar ideológicamente al nuevo estado liberal. Como se ha defendido recientemente (González Ruibal, 2006-2007: 32) “...este inicio de la actividad arqueológica no es casual: la popularización de la arqueología en Europa, el avance del positivismo en las ciencias humanas y el desarrollo de la Segunda Revolución Industrial se encuentran inextricablemente unidas. La necesidad de crear un pasado prehistórico y especialmente protohistórico para los Estados-nación y de apuntalar con prácticas culturales de prestigio a la burguesía que se encontraba en su momento de gloria explica también ese furor arqueológico finisecular”.



**Figura 2.** Familia campesina hacia 1900 (foto publicada por López Mondéjar, 1992: 131).

Así, mientras surgían durante la Restauración canovista las primeras teorías paniberistas, empeñadas en la recuperación del sentido unitario desde el legitimismo monárquico, el providencialismo y el esencialismo, desde las filas del nacionalismo catalán se

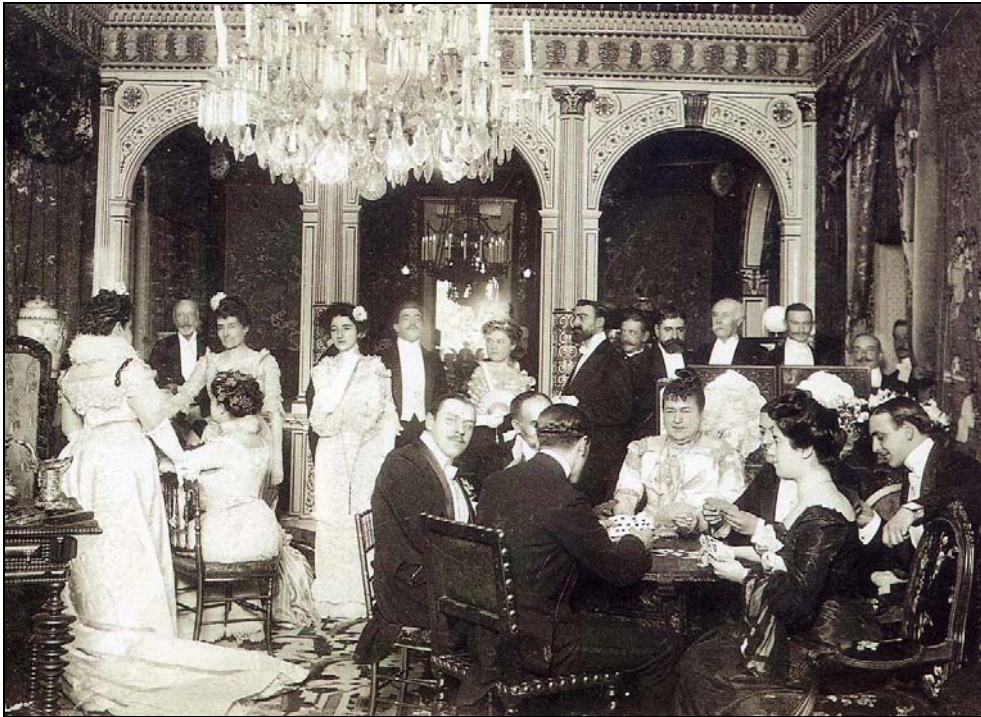
procedía a los primeros intentos de afirmación de la burguesía regionalista y modernista (La *Reinaxença*), fenómeno que trascendería hasta las propuestas posteriores de Prat de la Riba, que llega a identificar a los iberos como punto de partida de la identidad catalana. Este proceso de reconstrucción identitaria habría de convertirse en bandera arqueológica del catalanismo, cuyas fronteras habrían de ser reconsideradas en la línea de una reivindicación no explícita de la lejana identidad nacional histórica y, más tarde, en material ideológico exportable al resto de las nacionalidades “históricas” periféricas.

Por lo demás, fue durante la segunda mitad del XIX y principios del XX cuando la arqueología se convirtió en una ciencia autónoma gracias a su desarrollo vertiginoso en el que hicieron aparición también nuevas técnicas de investigación interdisciplinares. Este desarrollo fue paralelo a la expansión colonialista por el Oriente Próximo y el norte de África de las grandes potencias europeas, así como consustancial al propio proceso de elaboración del fenómeno nacionalista como tal (Maier, 2007: 80), lo que produjo desde el principio una determinación explícita de los procesos explicativos del mundo antiguo a nivel global. Al respecto no es una cuestión baladí que el difusionismo clásico coloque las raíces de gran parte de los desarrollos esenciales de la Antigüedad precisamente en los territorios que por entonces estaban ocupados por las principales potencias europeas, depositarias de lejanos procesos legitimadores de procesos civilizadores evolucionados. Fue en este clima colonialista de lucha de potencias (y aspirantes a serlo) por explotar los recursos de terceros países, subdesarrollados en “enclaves históricos de primer rango”, de justificaciones belicistas con formas imperiales, en el que se hizo fuerte como disciplina histórica la arqueología, deudora, por tanto, en sus inicios y en su esencia, de los grandes procesos políticos y económicos que en el continente europeo se estaban gestando.

Aparte de esto y ya centrándonos en nuestro país, la orientación de la arqueología nacional no podía permanecer al margen de la política y las bases ideológicas de la Restauración. La arqueología isabelina había centrado sus estudios, sobre todo, en la cultura ibérica, la hispanorromana y la medieval, registrándose un importante desarrollo con la excavación de sitios como Ampurias, Mérida, Itálica o Numancia o descubrimientos como el de la Dama de Elche o el Tesoro de Guarrazar. Era, por otro lado, la época en que arqueología y arte iban de la mano, en la línea de reconstrucciones románticas y de la pasión por el anticuarismo.

Con el final del siglo llegaron a nuestro país los primeros indicios de transformación del conocimiento arqueológico dinamizados por las nuevas corrientes del positivismo científico con Emil Hübner a la cabeza, el principal referente extranjero (junto con Bonsor, Paris, Schulten o los hermanos Siret) para los arqueólogos españoles de la época. Era, por otra parte, una época dominada por el academicismo afín a las posturas políticas centralistas y el culto a los investigadores extranjeros afincados en nuestro país, la mayoría de las cuales aportaban sus

conocimientos en otros campos científicos y en técnicas de investigación y trabajo de campo desconocidos aquí por entonces (evolucionismo, difusionismo, estratigrafía, datación secuencial,...). Por otro lado, debido al fracaso de los intentos institucionales por dotar a las provincias de competencias en las Comisiones de Monumentos, se desarrollaría en muchas partes del territorio peninsular el asociacionismo privado especialmente fecundo en Cataluña, Valencia, Andalucía y Madrid, aunque también meritorio para nuestro ámbito de estudio en Pontevedra (Maier, 2007: 102-103).



**Figura 3.** Salón aristocrático en Madrid hacia 1905 (foto publicada por López Mondéjar, 1992: 130)

En línea con las demandas por parte de los intelectuales del país, durante las dos primeras décadas del siglo XX tiene lugar la primera estructuración inicialmente científica de la arqueología nacional. En 1907 se crea la *Junta para la Ampliación e Investigaciones Científicas*, junto a las dos primeras cátedras ocupadas por prehistoriadores, y cuatro años más tarde se fija la primera legislación específica: la *Normativa Básica de Excavaciones y de Conservación de restos y monumentos arqueológicos* de 7 de Julio. En concreto esta ley dictaba las primeras reglas para efectuar excavaciones artísticas y científicas y para la conservación de las ruinas y antigüedades. Fue la primera gran ley española reguladora del Patrimonio Histórico-artístico. Daba un concepto jurídico de excavación y de antigüedades; ordenaba la formación de un Inventario de Ruinas Monumentales; reservaba al Estado la realización de excavaciones en propiedades particulares y atribuía también al Estado las antigüedades descubiertas casualmente; otorgaba a éste la concesión de autorizaciones para hacer excavaciones, concedía

la propiedad de los objetos descubiertos a los autores de las excavaciones autorizadas, salvo que se tratara de descubridores extranjeros; se legalizaba, en cambio, la posesión de antigüedades antes de la entrada en vigor de la Ley y autorizaba a realizar duplicados de los hallazgos para los Museos provinciales o locales. En conjunto, se trataba de una ley aceptable para su tiempo que permitió ordenar el ejercicio de las excavaciones aunque no dejó de crear problemas a la hora de atribuir la propiedad de los hallazgos (García Fernández, 2007: 2-3).

También se procede por estos años a la creación de los primeros organismos oficiales encargados del control y la regularización de las prácticas arqueológicas: la *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* en 1912, la *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas* y el *Servei d'Investigacions Arqueològiques de l'Institut d'Estudis Catalans* en 1913, y poco más tarde los *Servicios de Investigaciones Prehistóricas* de Madrid y de Valencia (Díaz-Andreu, 2002: 89-101; Maier, 2007: 106).

Estos inicios consolidaban la dominancia de dos grandes centros en la arqueología nacional: el catalán, influido por el pensamiento arqueológico alemán y liderado por Bosch-Gimpera con discípulos como Pericot y Serra Ráfols; y el madrileño, que lideraría el panorama nacional más conservador bajo la Cátedra de Historia Primitiva del Hombre y de su propietario, el profesor Hugo Obermaier. La situación, pues, en el resto del territorio nacional era precaria y las actuaciones arqueológicas se basaban unas veces en el entusiasmo de unos pocos aficionados que actuaban sin recursos y otras en la vocación coleccionista de “amantes” de la arqueología y del arte que no dudaban en financiar actuaciones y visitas con el fin explícito de mejorar sus colecciones particulares.

## **2.2. La arqueología gallega en el contexto ideológico del nacimiento del nacionalismo periférico.**

### **2.2.1. Las bases ideológicas remotas e inmediatas de la nueva burguesía nacionalista.**

En Galicia, la arqueología había tenido un arraigo inicial desde el primer tercio del siglo XIX gracias a los estudios del celtismo, mientras que el estudio de las colonizaciones orientales y especialmente los inicios de la llamada Primera Edad del Hierro sólo se iniciarían hasta finales de siglo con los primeros descubrimientos de la necrópolis de Cádiz y la publicación de la obra de Bonsor sobre las necrópolis fenicias y orientalizantes de Los Alcores (Maier, 2007: 104-105).

Aparte de la falta de solidez científica de las obras de la primera mitad del siglo XIX, un elemento común a toda la historiografía galleguista de la época había sido la idea de mestizaje. Fenicios, cartagineses, griegos y romanos forman parte del universo ideológico regionalista gallego desde un principio incluso en visiones claramente excluyentes, y de manera contrariamente al carácter esencialista y racista que sólo podemos encontrar en la historiografía nacionalista alemana y tal vez en Manuel Murguía quien, como Vicente Risco más tarde,



enarbola el antisemitismo y el desprecio por las culturas mediterráneas para proclamar la superioridad de la nación gallega –aria- respecto al resto de España –semita- (González Ruibal, 2006-2007: 44-47).

Pero los inicios de esta historiografía habían nacido de autores como Álvarez Toledo (1648-1712), un jesuita profesor del Colegio de Irlandeses de Santiago que difunde en la región desde finales del siglo XVII muchas de las leyendas de Irlanda que hoy nos han llegado como el mito de Breogán. Más tarde, Vereá y Aguiar (1775-1849), autor de una *Historia de Galicia*, adaptaría las tesis de Masdeu convirtiéndola en lugar de llegada de las tribus de Tubal, nieto de Noé y centro de la nación gallega (Juega, 1996: 44-46).

Con estas bases ideológicas, a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, de igual forma que se cumplía con el patrón (des)organizativo nacional, empezaba a despuntar una preocupación creciente por la prehistoria materializada en los trabajos de Otero Pedrayo, Maciñeira, Cuevillas y el joven Bouza-Brey. Gran parte de ellos, aglutinados bajo el *Seminario de Estudios Gallegos* y la revista *Nos*, no pasaban, sin embargo, de pequeños trabajos publicados en revistas y almanaques locales con escasa profundidad y menor trascendencia.

Maciñeira fue uno de los pocos que, convencido de la necesidad de plantear nuevos datos para su contrastación y estudio, procedió a este fin con el inicio de variados trabajos de prospección y excavación. Era, por así decirlo, la forma de llevar al campo de la arqueología las fuertes tendencias regeneracionistas latentes en la clase política y científica española, deseosa de renovar y activar la sociedad española a través de la modernización de sus estructuras educativas y formativas. No obstante, en gran parte de la literatura científica, como demuestra el reciente trabajo de Casado Rigalt (2006: 342), sigue siendo el gran desconocido de la época.

*“Ese estado de pre-descentralización afectó a la arqueología gallega, contemplada como una vertiente de su tradición nacionalista y su vinculación con lo celta. Desde la segunda mitad del siglo XIX se fue creando el caldo de cultivo necesario para potenciar su sentimiento nacionalista y diferenciador forjado al calor de la revista Nos, el Seminario de Estudios Galegos, las Irmandades de Fala y personajes eruditos como Fermín Bouza Brey, Vicente Martínez Risco o Florentino López Cuevillas,...”*

Aunque oficialmente no se le reconozca, antes que los citados, Maciñeira se había entregado a la arqueología y no sería hasta los años 20 cuando se le unirían a él Bouza-Brey y López Cuevillas. El primero se convertiría con el tiempo en *alma-mater* del “nuevo” Seminario de Estudios Gallegos homologado por el régimen para reelaborar el galleguismo desde el centralismo (nos referimos al Padre Sarmiento); y, el segundo, en el primer sistematizador de la

prehistoria gallega.

### **2.2.2. Bouza-Brey y el Seminario de Estudios Gallegos: la construcción de un modelo explicativo de la prehistoria gallega alternativo al de Hugo Obermaier.**

Historiador, arqueólogo y escritor, Fermín Bouza-Brey (1.901-1.973), después de cursar desde 1918 los estudios de Filosofía y Letras y Derecho en la Universidad de Santiago de Compostela, iniciaría en 1.923 la carrera de Historia. Desde su llegada a los ambientes universitarios muestra su inquietud por la cultura, funda una asociación de tertulias y debate y participa junto a un grupo de compañeros en numerosos actos culturales como la visita a la casa del Castro de Ortoño, donde vivió parte de su infancia Rosalía de Castro. Sería después de esta visita cuando los miembros del grupo deciden la creación del Seminario de Estudios Gallegos. La institución nacía con los objetivos de fomentar el estudio científico de todos los aspectos de la realidad de Galicia y la formación de investigadores para ese fin, estableciéndose como requisito imprescindible para la admisión como socio la presentación de un trabajo original e inédito sobre algún tema gallego.

Curiosamente en la consolidación de estas voluntades había sido un acicate (directo o indirecto) determinante la visita de Obermaier (director de tesis del propio Bouza) a Santiago en 1922, invitado para pronunciar un ciclo de conferencias, el mismo año en que se había creado la sección de Historia en la Facultad de Filosofía e Letras de la Universidad de Santiago. El profesor austríaco había invertido cinco semanas para su preparación durante las cuales recorrió las cuatro provincias gallegas revisando yacimientos, museos y colecciones particulares. De este detallado estudio se publicaría la que se considera la primera síntesis histórica rigurosa de la prehistoria gallega bajo el título “Impresiones de un viaje prehistórico por Galicia” (Obermaier, 1923). Con todo, la propia nómina oficial del Seminario publicaría en 1929 su propia síntesis realizada de manera conjunta por López Cuevillas y Bouza-Brey, más directamente influida por la escuela de Bosch-Gimpera.

El Seminario también cuenta desde el principio con el apoyo de los intelectuales integrantes de la revista *Nós*, órgano de expresión de los más representativos miembros de la cultura gallega de la época, con cuya participación se enriquece tal como demuestra la contribución desde 1926 en la Sección de Prehistoria de Florentino López Cuevillas. En él Bouza tiene ocasión de conocer a Maciñeira -ya por entonces un historiador reconocido-, con quien mantendrá una estrecha relación y algunas colaboraciones. Así, en 1929, movido por los estudios de éste y pensionado por el Centro de Estudios Históricos, recorre la Bretaña francesa y cuatro años más tarde inicia una serie de estudios en Portugal que alterna con algunas publicaciones de poesía en lengua gallega (*Nao Senlleira*). Ya en esta época es cuando manifiesta un abierto interés por el estudio de los signos de identidad y de las raíces de Galicia en cuya labor progresivamente se consolida como uno de los pioneros de la arqueología gallega y llevado por los estudios de López Cuevillas y otros expertos integra su idea de la existencia de

una comunidad cultural entre Galicia y el norte de Portugal y critica en ese momento los excesos románticos fundamentados en el elemento celta manifestando una defensa abierta de posturas historicistas afines al nacionalismo gallego.

### **2.2.3. La relación científica de Maciñeira con Pericot y la Escuela de Bosch Gimpera.**

En este contexto que venimos estudiando de nacimiento de la arqueología prehistórica gallega, es un hecho importante el interés histórico de la región para las dos cátedras de la época en el país. Además del viaje de Obermaier en su evolución inicial resulta fundamental la llegada de Pericot. Luis Pericot, uno de los miembros más destacados de la llamada *Escuela Catalana de Arqueología* fundada por Bosch-Gimpera, llega a Santiago de Compostela en 1925 con el propósito de ocupar su primera cátedra, después de haber ejercido como profesor ayudante interino (de 1919 a 1922) y auxiliar temporal (1922-1925) en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona.

Al llegar a Santiago trae como uno de sus principales objetivos establecer una estrecha colaboración con los miembros del Seminario con el objetivo de potenciar las líneas de trabajo ya abiertas, en especial las que tenían por estudio las relaciones del litoral gallego con el mundo atlántico, uno de los focos de interés de su maestro, Bosch Gimpera que, como integrante de su tribunal de oposición, le había apoyado para conseguir la cátedra en Santiago. Tenía entonces veintiséis años y sólo ocuparía esta cátedra hasta su marcha a Valencia por concurso de traslado en 1927. Estos años coinciden con una intensa actividad arqueológica por parte de Maciñeira (1924), una de cuyas publicaciones coincide con los grandes temas que más interesan a Pericot (Armada, 2004: 251-255).

Durante estos dieciocho meses Pericot, a quien el mismo Bosch había sugerido entrar en contacto con el *Sr. Maciñeira d'Ortigueira*, publica sus primeros estudios sobre los trabajos en Troña y disfruta de una beca de la universidad gallega para el citado estudio de las relaciones prehistóricas entre Galicia y las Islas Británicas y (Armada, 2004: 256).

El objetivo expreso de ésta era estudiar “*durante dos meses y medio en Francia, Inglaterra, Escocia e Irlanda las relaciones entre Galicia y las comarcas atlánticas durante las épocas prehistóricas*”. También da cuenta el expediente de que Pericot ya por entonces “*...por su cuenta y acompañando al profesor Bosch Gimpera ha realizado en 1923 y 1925 dos viajes al sur de Francia visitando las colecciones y estaciones prehistóricas de las regiones de Narbona y Beziers y por cuenta de la institución Estudios Superiores de la Mancomunitat de Cataluña, otro viaje visitando museos y colecciones de Narbona, Tolosa y Bayona*” (información procedente del expediente de la Junta de Ampliación de Estudios, de 15 de Febrero de 1931, recogido por Díaz-Andreu, 1997: 413, nota 10).

#### 2.2.4. La evolución de los acontecimientos con la Guerra Civil.

Cuando se proclama la República, España ya contaba con una normativa de protección del Patrimonio Histórico-artístico amplia y de cierta utilidad y modernidad. Se trataba de un ordenamiento completo aunque disperso que había ido conformándose poco a poco a lo largo de la segunda y tercera década de aquel siglo, si bien su punto de partida se remontaba a unos años antes, concretamente a 1900, año en que se creó el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes y la Dirección General de Bellas Artes pues la legislación del siglo XIX, a diferencia de lo que había ocurrido en Italia, en Francia o en el Reino Unido, era muy escasa y de muy reducida eficacia (García Fernández, 2007: 1).

A pesar de este hecho, tras el Alzamiento, el conjunto de reivindicaciones galleguistas sufrieron un golpe casi definitivo. El Seminario, heredero ideológico en gran parte del regionalismo de Murguía y la llamada *Cova Céltica*, sería sustituido por el nuevo Padre Sarmiento dependiente del CSIC y cuyos Cuadernos de Estudios Gallegos no eran más que la versión censurada de aquellos. Pero, a pesar de lo que algunos autores afirman, conceptos como “celta” o “indoeuropeo”, lejos de desaparecer, se mantuvieron por interés en la historiografía del régimen a través de estudios como los de López Cuevillas hasta los mismísimos años sesenta, en los que (casi) desaparecieron por la propia inercia historiográfica, fruto de los tiempos de cambio de imagen del régimen y, sobre todo, por el influjo de la Nueva Arqueología y las tesis funcionalistas (Díaz Santana, 2001: 4).

Pero, vinculados política e ideológicamente como la inmensa mayoría del grupo al galleguismo (es miembro de este partido), para Bouza, como para el Seminario en sí el estallido de la Guerra Civil resultaría devastador. En gran medida a causa de sus ideas galleguistas, diecinueve de sus socios y colaboradores son asesinados o fusilados, otros son encarcelados, confinados en sus domicilios, se ven obligados a exiliarse o son destituidos de sus cargos públicos y se les imponen fuertes multas. Las penas no están exentas en muchos casos del despojo de sus titulaciones universitarias. Los fondos bibliográficos del Seminario son confiscados. En ese proceso, la censura franquista destruye o se apropia de una documentación científica vital sobre la historia, la lengua y la cultura gallegas, compilada durante varias décadas por los miembros del Seminario.

Maciñeira, cuya vinculación con la Cova Céltica era más emocional que intelectual, y su obra sufrirán como los demás estas medidas. Es represaliado por la Dictadura franquista, y confinado en su domicilio de Ortigueira, donde, a pesar del aislamiento al que estaba sometido no dejó de estar al día de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en España y en Europa (Bouza-Brey, 1947:14-15) gracias a su buena biblioteca y a las revistas de investigación que llegaban a su casa, muchas de las cuales eran órganos de expresión de las diferentes sociedades científicas de las que era miembro.

En 1.937, le toca el turno a Bouza, que sería expulsado de la carrera judicial e

inhabilitado para ejercer la abogacía, debido a una denuncia donde se le acusa de masón, galleguista y desafecto a los principios del Movimiento Nacional. La muerte violenta de sus amigos, la persecución y el miedo personal, le causan una depresión y varias enfermedades. Con el propósito de garantizar su supervivencia y la de los suyos, se ve obligado a demostrar, de forma visible, su lealtad al Movimiento Nacional, con lo que consigue ser rehabilitado en la judicatura.

Readmitido entre sus afines por el Régimen, es elegido académico de la Real Academia Gallega en 1.940 y nombrado Comisario de Excavaciones Arqueológicas de Pontevedra un año más tarde, en el que se descubre el Tesoro Prerromano de Caldas de Reis. El mismo Bouza certifica la importancia histórica del descubrimiento arqueológico. Ya en 1.942 es destinado como juez a Santiago de Compostela y en 1945 es ascendido a Magistrado.

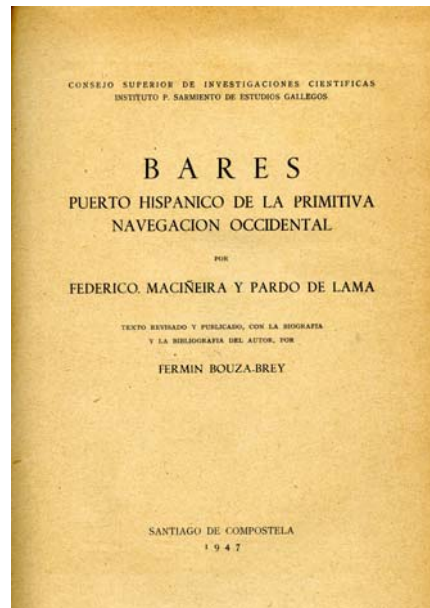
Durante los años que dura la Guerra el Seminario había permanecido inactivo y sólo dos miembros de éste, los sacerdotes Jesús Carro y Paulino Pedret, se atreven a salvar algo del expolio de los fondos del patrimonio gallego que se guarda en sus locales del Colegio de Fonseca, cedidos al Seminario en 1.930 por la Universidad de Santiago por un Decreto del Ministerio de la Instrucción Pública. No obstante, en 1.940, por orden del Director General de Enseñanza, son confiscados los restos del patrimonio que quedan en el Seminario y entregados a la Universidad de Santiago.

En 1.943, gracias a la mediación de algunos antiguos miembros del Seminario reconocidos por las instituciones franquistas, el Régimen acepta la creación del Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos, adscrito al Consejo Superior de Instituciones Científicas. Formando parte de la primera Junta Directiva y al frente de las Secciones de Arqueología y Prehistoria del nuevo Instituto, al que se entregan los fondos incautados al Seminario de Estudios Gallegos, está de nuevo Fermín Bouza junto a otros viejos colegas como Vicente Risco, Otero Pedrayo o el mismo López Cuevillas. La labor del nuevo Instituto para reiniciar las labores en la línea del Seminario de Estudios Gallegos fue nula. Muy al contrario, el Instituto Padre Sarmiento se había creado con el propósito de reescribir la Historia Antigua de Galicia, en la línea de la nueva Historia Antigua de España diseñada por el aparato de propaganda franquista y, en este contexto, su primera tarea sería la de destruir o desprestigiar a los historiadores del Seminario y sus obras.

Ese mismo año de 1943 fallecería Maciñeira en Ortigueira, lugar adonde había sido confinado por el Régimen. En su testamento había dispuesto que sus colecciones fueran legadas a la Universidad de Santiago de Compostela, que se crease un premio trianual para trabajos científicos y que fuese publicada su obra póstuma sobre la fundación de Bares, escrita en plena madurez, por cuenta de su familia y con la revisión editorial de Fermín Bouza-Brey, que se convertiría en su máximo valedor (Ramil y Muíño, 2006: 12). Cuatro años más tarde, el



Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que previamente se había asegurado el control del nuevo Instituto haciendo depender sus estudios directamente de él, a través de éste y en ejecución de las instrucciones de la censura franquista, autorizaría a Bouza para tal fin. Éste, con el apoyo del hijo de Maciñeira, redactaría el prólogo, añadiría gran parte de las ilustraciones e incluiría un conjunto de fragmentos desiguales de algunas de sus publicaciones entre los que estaban sus Memorias de Excavaciones optando finalmente por modificar el título original del autor por el de *Bares, puerto hispánico de la primitiva navegación occidental*.



**Figura 4.** Portada del libro de Bares (foto publicada por Maciñeira, 1947: 3)

A pesar de reconocer sus méritos personales y científicos en un prólogo cargado de reconocimiento y cariño, Bouza (o la propia censura franquista a través de su mano) también le presenta como hidalgo terrateniente y “gran señor” de la comarca (señorito) que abandona los estudios de segunda enseñanza (de escasa preparación) y que se ve obligado a participar en la política y en la vida pública (activista) con el único fin de servir a sus convecinos y que con la (¿ilusa, infantil?) idea de ver mejorada su comarca (reformista), además del siempre reprochable hecho de fundar periódicos y escribir en ellos “*fogosos artículos propugnando progresos locales, comarcales y regionales*” (panfletista incendiario). No es menos resuelta su presentación como un erudito que en sus ratos libres (arqueólogo aficionado) se dedicaba por su cuenta a emprender estudios y excavaciones arqueológicas oficiales, así como a representar a España en Congresos Internacionales de Antropología y Arqueología Prehistóricas (pretencioso) y a mantener correspondencia erudita con los principales historiadores extranjeros de la época (Bouza-Brey, 1947: 12-15). A pesar de este hecho, no es menos justo destacar que en el mismo prólogo Bouza subraya tanto su impresionante producción literaria y científica como su activa participación en importantes proyectos de la comarca como fueron el impulso cultural; la

mejora de rendimientos de las actividades agrícolas, ganaderas, forestales y pesqueras; la llegada del ferrocarril de la costa (Bouza-Brey, 1947: 12-13), así como su temprana integración en el movimiento agrarista de la comarca empeñado en la introducción del cooperativismo y las innovaciones tecnológicas con el propósito de mejorar la situación económica local (Armada, 2003: 34; Acinas, Menéndez y Fernández, 2007: 2).

Analizando este conjunto de alabanzas no está de más decir que, en sus palabras se evidencia su respeto por la persona y la obra de Maciñeira; pero también, sobre todo, en sus ambigüedades y silencios, en su sibilina mediación, por su mano el Régimen se señala y denuncia sus miedos. Se trataba de un burgués reformista, culto y respetado, aficionado desde su juventud al estudio de la historia de Galicia y que no escatima esfuerzos ni medios personales (por lo que no depende de bolsas ni becas institucionales) en dotar de una metodología científica esta vocación, así como un serio activista y emprendedor dinamizador de la economía comarcal comprometido con el presente y el futuro en igual medida que empeñado en recuperar su pasado.

Es cierto, no obstante, que Bouza-Brey, consigue incluir en este prólogo un breve resumen del currículo del historiador en el que rescata datos importantes de su trabajo y que denuncia en él la operación censorial de tergiversación e interpolación de sus textos científicos así como la situación de confinamiento del historiador en su domicilio de Ortigueira, desposeído de todos sus títulos, desde los años que siguieron a la Guerra Civil Española hasta su fallecimiento (Maciñeira, 1947: 21-22). Pero no es justa tampoco esta breve reseña con la formación de Maciñeira al tratarlo como simple erudito local e investigador de antigüedades comarcales, así como de escasa formación (tal vez sí la reglada) pese a haber publicado más de 250 artículos, casi cincuenta de los cuales pertenecen al ámbito de la arqueología, que cultivó junto a otros campos como los temas de producción agrícola y ganadera, las infraestructuras o los planes educativos...

En la obra, además, sus textos originales se publican completados, enmendados y “modernizados” (Bouza-Brey, 1947: 16). Por otro lado, su propio carácter póstumo, su procedencia diversa y las intenciones censoriales del régimen acaban reelaborando muchas de sus ideas. Resulta evidente que la intención del régimen con esta publicación es, en primer lugar, reescribir su historia y la de la protohistoria de Galicia fomentando una crítica pseudo-científica contra los fundamentos del nacionalismo gallego. De paso, además, se proponía desacreditarle personal y científicamente reconociéndolo de manera implícita como uno de los autores que más seriamente habían fundamentado teóricamente los “excesos” del galleguismo.

El empecinamiento del Régimen con Maciñeira, no obstante, no está aún suficientemente argumentado. Es muy probable que esta reducción malintencionada de sus valores se debiera, no obstante, a su participación en actividades políticas a través de las que

consiguió un importante prestigio personal, aunque también se convirtió con ello en blanco de críticas feroces. Baste como contraste en gran manera explicativo el reconocimiento explícito que se le hace desde las filas regionalistas mediando en una de las críticas a su gestión como alcalde de Ortigueira contra la segregación del vecino pueblo de Cariño:

*“... O Sr. Maciñeira, home culto, un dos poucos inteleituás d’esa terra, da exemplo a moitos por ser un señorito que no traballo do agro busca o pan da sua familia, coma Deus manda e o porvir de Galicia o esixe. O señor Maciñeira, agora alcalde por compromiso, non foi deputado provincial, non caciqueou directamente na cova noxenta da provincia, nin subeu coma os piores caciques da terra, dende o posto humilde de escribente do concello a tirán dos probes e asoballador da cidadanía. Hainos piores, amigos de Cariño, e entr’os piores dos piores está ese que o voso boletín louba sin nomealo...”* (A Nosa Terra nº 79, de 5 de Febrero de 1919: 6, recogido por Armada, 2003: 36).

No fue, tampoco, su pasión por la arqueología ninguna actividad esnobista ni un puro pasatiempo. Como puede comprobarse más abajo, Maciñeira la desarrolló desde época temprana como muestra su primera publicación en este campo a los veinte años y emprendió individualmente estos estudios, indagó entre sus paisanos sobre noticias de cuantos hallazgos iba sabiendo, se documentó utilizando las publicaciones especializadas de la época para establecer relaciones y paralelismos según la costumbre de estos tiempos, entabló contactos regulares con los mejores arqueólogos de la época, nacionales y extranjeros, que lo llevaron a ser reconocido por estos como el mejor conocedor en los descubrimientos de la comarca de Ortegá y dispuso siempre de sus ingresos personales para ello, salvo en las contadas ocasiones en las que pudo disfrutar de algunas ayudas institucionales para emprender sendos viajes de estudios y a congresos. Formó parte, de igual forma, de un gran número de asociaciones científicas, culturales, históricas, arqueológicas, literarias y antropológicas, y era un habitual de las tertulias, conferencias y exposiciones de esta edad de oro del regionalismo gallego truncada por la fuerza con los tristes acontecimientos que todos conocemos. Fue, también, poeta, estudioso y defensor de las tradiciones gallegas más antiguas, conocedor del campo, un buen analista y un ciudadano comprometido.

Un año más tarde de la publicación del libro de Maciñeira, el Régimen recompensa a Bouza con la Cruz de San Raimundo de Peñafort, el más alto galardón que puede recibir un profesional del Derecho. Esta concesión, ante su pasado galleguista, levanta ampollas entre sus enemigos políticos y personales que presentan contra él una nueva denuncia con acusaciones que llegaban a los temas más personales al ser acusado de masón y de mantener una conducta inmoral (Arce y Ramil, 2007: 10-11). En 1.951 viaja a la Argentina y tiene encuentros con los

galleguistas del exilio. Debido a ello, se reclama urgentemente su presencia en Pontevedra y se le abre un expediente por el que es cesado de la judicatura. Esta vez, aunque años más tarde se le permitirá reiniciar la abogacía, su defenestración será irreversible, por lo que sufrirá hasta su muerte el ostracismo y un sinnúmero de estrecheces económicas. Es marginado progresivamente de todos los ámbitos, incluso en el galleguista, donde todos le dan la espalda salvo Otero Pedrayo, uno de los amigos de su época de formación. A partir de este momento y hasta su muerte en 1973 Bouza se refugiará en sus trabajos de investigación en el Instituto Padre Sarmiento.

Como consecuencia de su condena intelectual durante el Franquismo, toda su obra científica (varios centenares de trabajos de investigación arqueológica, histórica, etnográfica y literaria sobre Galicia) sigue siendo totalmente desconocida para el gran público de este país, donde aún hoy día sólo se sabe de él por haber escrito un par de libros de poesía en lengua gallega cuya circulación estuvo prohibida en España mientras vivió el Dictador.

### **3. Las tesis de Maciñeira sobre la protohistoria gallega: las navegaciones prerromanas y la fundación de Bares.**

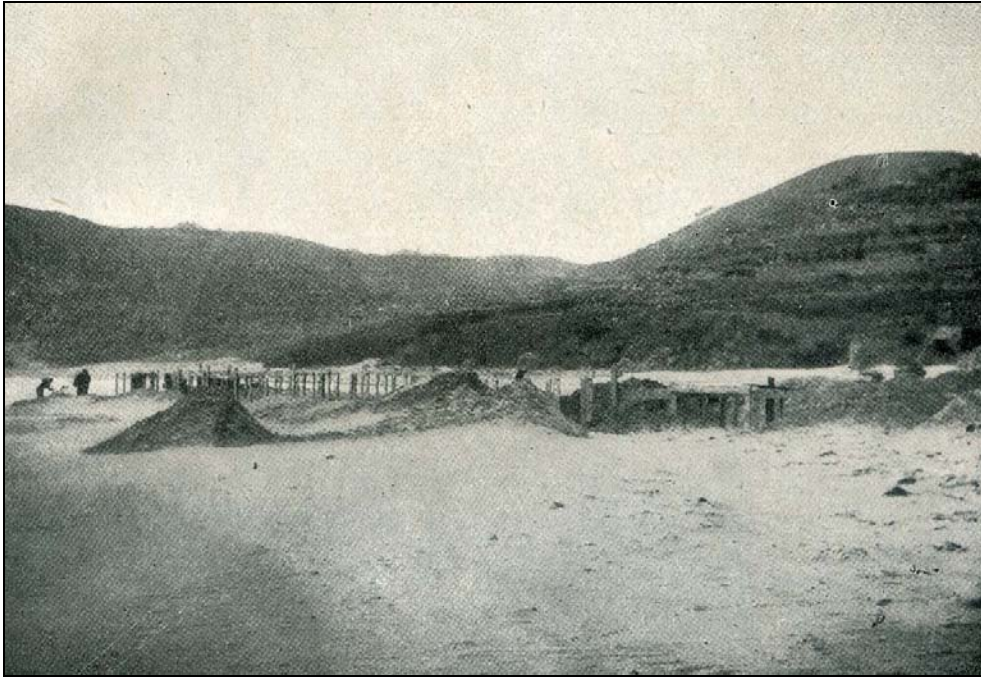
#### **3.1. El puerto de Bares: localización y descripción.**

El Puerto de Bares se encuentra en la punta de una estrecha península de siete kilómetros de largo, muy destacada al Océano, que forma el cabo, constituyendo un fondeadero artificial. Su principal valor náutico es que la Península de Bares y la ría de O Barqueiro separan físicamente el mar y el litoral cantábrico del atlántico y tiene, por tanto, una posición privilegiada dentro de las grandes rutas de navegación. Además, la ubicación del puerto en la bocana de la ría es fundamental para su condición de abrigo frente a los temporales atlánticos, dominantes en la zona, hecho todavía de una mayor importancia si la navegación es a vela como sucedió por lo menos hasta el siglo XIX (Acinas, Menéndez y Fernández, 2007: 4).

Construido en una rada semicircular, completamente abierta a los vientos del primer cuadrante, tuvieron que resguardarla por ese lado los primeros habitantes que allí se establecieron para dedicarse al tráfico comercial y a las industrias marítimas, con una gran escollera que le diese condiciones de seguridad. Este rompeolas se dispone en disposición semi-octogonal, alcanzando 275 metros de longitud por unos 30 metros de ancho en la base y como 6 metros de altura. Está construido con grandes peñascos graníticos (claramente visibles en la ladera donde tienen su origen) naturalmente esféricos, sin labrar y sin unir, aunque algunos muestran restos de morteros. En cambio, aparecen distribuidos para dar a la obra condiciones de resistencia permanente contra los fuertes embates de mar abierto y dejar así el puerto abrigado de los temporales del nordeste, allí los predominantes (Maciñeira, 1896b: 123).

Maciñeira fue el primer investigador que defendió que el Puerto de Bares databa de época prerromana. Sorprendido por la imponente magnitud de las estructuras portuarias, desde

sus primeros estudios entendió como pruebas de una fundación prerromana la existencia de este gran rompeolas, la imponente dársena y una amplísima grada para la construcción y reparación de barcos, hoy supuestamente oculta bajo una gruesa capa de arena, con un área aproximada de unos 7000 m, pavimentada de sillería toscamente labrada montada sobre hiladas regulares con ligera inclinación hacia el mar.



**Figura 5.** Foto de uno de los sondeos de Maciñeira en el puerto de Bares (foto publicada por Maciñeira, 1947: lám. XXI)

Las estructuras “ciclópeas” que lo protegen por sus lados este y sur, llegan a alcanzar 300 metros de largo, 40 de ancho y 8 de altura, así como la existencia histórica de un faro y un pequeño puerto de abrigo en O Coído están también básicamente contruidos a base de miles de estas piedras de diorita de gran tamaño, alguna de las cuales llegan a superar las cinco toneladas, de forma esferoidal colocándose en la parte inferior externa y en el morro de la escollera las de mayor volumen, mientras en el lado de la dársena se colocaron las de menor peso.

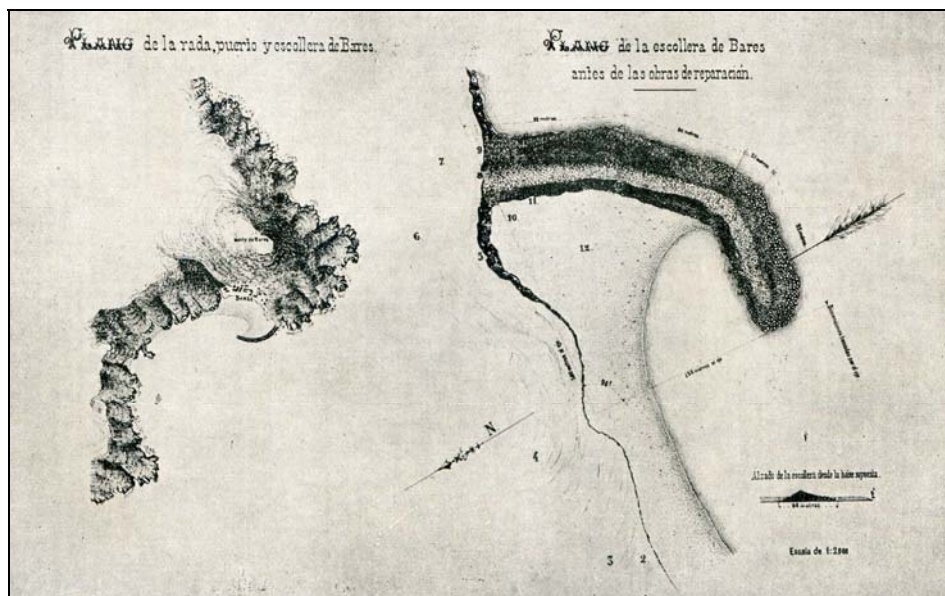
Para fundamentar esta teoría que hacía de Bares la capital de una talasocracia atlántica prerromana, excava en la zona del puerto en la década 1890-1900 (coincidiendo con las obras de reparación de éste), y, sobre todo, a partir de 1930, cuando, después conseguir el apoyo explícito de Pierre París y del Duque de Alba en el Congreso de Historia de España celebrado un año antes en Barcelona, consigue una subvención del estado para investigar las relaciones marítimas con las Islas Británicas (Maciñeira, 1947: 19-20). Allí realiza calas, zanjas y más de cien sondeos; propone de ocupación “prerromana” toda la llanura de A Condomiña; excava los once dólmenes más cercanos a Bares; e identifica una necrópolis de incineración “celto-romana” (Maciñeira, 1947: 20).





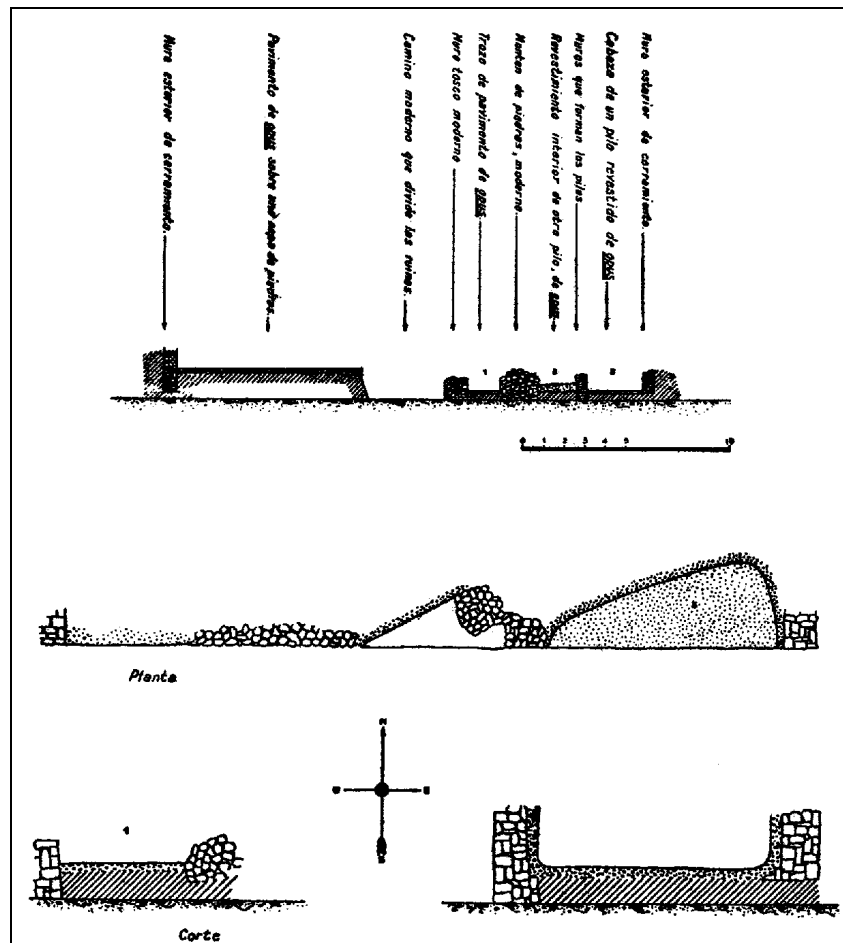
**Figura 6.** Dique “fenicio” de Bares con el llamado “Coído” (la escollera) en primer término (foto publicada por Acinas, Menéndez y Fernández, 2007: fig. 1)

A partir de estos trabajos sostiene que la escollera del puerto de Bares fue construida con un diseño sofisticado por el que, según él, proporcionaba servicio de aguada en la dársena a los barcos anclados, gracias a una conducción de agua dulce instalada en su interior. También dijo descubrir que, muchos siglos antes de que lo generalizaran los romanos, los “tartessios” ya utilizaban un mortero de construcción de bastante mejor calidad que el utilizado durante el Imperio (Maciñeira, 1896b: 123; 1947: 188-189 y 195-196).



**Figura 7.** Plano del puerto y escollera de Bares antes de su remodelación (foto publicada por Maciñeira, 1947: lám. XIV)

Estimaba igualmente que cuando los “gallegos” prerromanos finalizaron la construcción de esta escollera, la sección típica de la misma era de forma triangular, forma que habría conservado hasta antes de las obras de 1898, y habría tenido unos 30-40 m. de ancho en la base y más de 8 m de altura, contando desde el nivel de la bajamar máxima hasta el vértice superior. Se trataría, por lo tanto, de una escollera del tipo *de claraboya*, cuyo dibujo permanecería intacto hasta las citadas obras de reparación en las que se rebajaría el vértice superior con el fin de crear una especie de camino por la parte alta de la escollera en toda su longitud.



**Figura 8.** Dibujo original de Maciñeira sobre la posible factoría romana de Estaca con detalle de las piletas de salazón excavadas (foto publicada por Maciñeira, 1947: 224)

“... Y para llevarlo a cabo —siguiendo un procedimiento que, conforme veremos en la siguiente serie de deducciones, fue de uso corriente en Grecia y Cartago— utilizaron los durísimos peñascos sueltos de diorita cuarcífera de tendencia esferoidal, que en tanta abundancia ofrece aglomerados la pendiente ladera fronteriza en que la obra se apoya, hasta llegar a formar por acumulación de materiales una robustísima barrera de sección triangular del tipo actualmente denominado por los técnicos escollera de claraboya, considerada como la más apropiada para quebrantar las olas” (Maciñeira, 1947: 186).

Además de estas estructuras, ya en una publicación temprana (Maciñeira, 1895a y 1895b), señalada años más tarde por Hübner (1896: 551), el autor se detiene más en la constatación, gracias a las excavaciones desarrolladas, de estructuras pertenecientes a una factoría de salazón de época romana dotadas de tres piletas de 3,80 m. de largo, 2,70 m. de ancho y 1,70 m. de alto, realizadas sobre *opus signi(n)um* con una capa superior de hormigón (Maciñeira, 1947: 221-228). Precisamente en esa zona fue donde se hallaron gran parte de los restos materiales de época prerromana y romana.

### 3.2. Hallazgos asociados.

Además de la supuesta identificación de las citadas estructuras portuarias “prerromanas”, constituían en opinión de Maciñeira nuevas pruebas de esta fundación de Bares por parte de navegantes mediterráneos un conjunto de elementos fenicios complementarios como la espada y la contera de bronce que obraban por entonces en poder del Profesor D. Manuel Mato, encontrados en el territorio de Villalba, así como el “altar fenicio” excavado en la roca documentado en la *Pena das Rodas* del que afirmaba que representaba divinidades planetarias, o sea el Sol y la Luna (Belo y Mileto); así como los campos próximos a las minas a los que se denomina *Baal* (Maciñeira, 1947: 376), justamente en una zona de caminos prerromanos que ponen en contacto el interior con el puerto citado (Maciñeira, 1896b: 123), itinerario flanqueado por una importante sucesión de *mámoas* o túmulos que seguía por la cresta de la sierra Faladora siguiendo el curso del río Sor, que según él debió constituir en su tiempo una “vía sagrada” (Maciñeira, 1896b: 126).

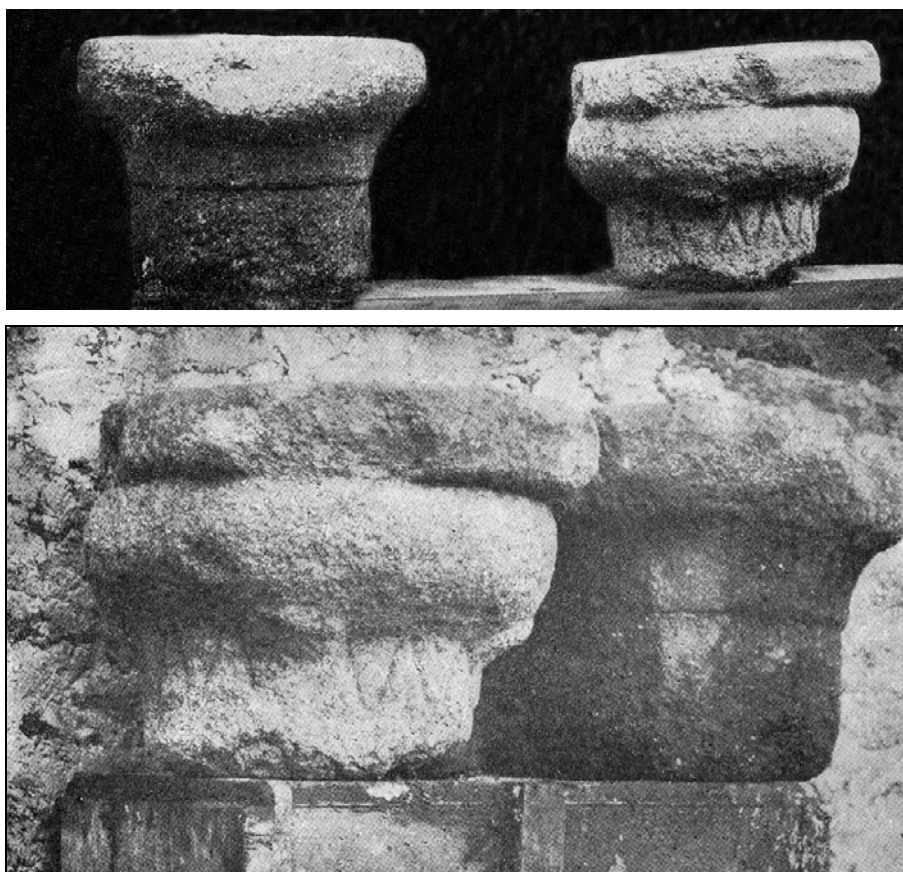
Junto a éstos, un nuevo conjunto de hallazgos materiales en el entorno inmediato contribuyen a que Maciñeira proponga una fecha de fundación del puerto en época fenicia. En la zona baja portuaria Maciñeira identifica cuatro monedas fenicias procedentes de las cecas de colonias occidentales como Gades, Abdera o Sexs, a las que habría que añadir otros hallazgos que recoge el autor aunque de dudosa adscripción (1947: 240-243).

De esta zona proceden también los pequeños capiteles prerromanos “con influencias del arte egipcio” que reseña el autor (Maciñeira, 1947: 235-239); así como las grandes piletas, fabricadas con *opus signinum* y otros restos correspondientes a aquellas pequeñas factorías de pesca de las que afirma que Hübner considera de origen fenicio en su obra *La Arqueología de España* (*id.*: 227-228); y gran cantidad de téglulas, ladrillos, ánforas, *dolia* y otros restos cerámicos de fabricación romana, que aparecen en distintas estructuras de habitación con restos de incendio (cenizas y carbones) junto a monedas romanas de época imperial y a diversas muelas de mano para moler cereal (*id.*: 228-235).



**Figura 9.** Detalle de las cuatro monedas fenicias encontradas en la zona portuaria de Bares (foto publicada por Maciñeira, 1947: lám. XXV).

Finalmente, en la llanura superior que corona el puerto descubre también varias estructuras de habitación y algunas monedas de Caracalla. Y en Cancela da Cova de Arcos identifica restos de una posible necrópolis romana.



**Figura 10.** Supuestos “capiteles prerromanos con influencias del arte egipcio”, documentados en el entorno de Bares (foto publicada por Maciñeira, 1947: lám. XX)

### 3.3. Datación.

Durante sus campañas de excavaciones en el puerto, el historiador ya concluyó que el dique había sido construido muchos siglos antes de la existencia del Imperio Romano porque el estrato del período de la dominación romana estaba en su opinión a más de cuatro metros y medio por encima del estrato de la época de la construcción de la escollera (Maciñeira, 1947: 201). Maciñeira defendía, además que se trataba de un puerto probablemente fenicio y databa su fundación en el siglo VII a.C., que habría actuado de fondeadero y refugio en la ruta marítima fenicia hacia el norte de Europa y que sería más tarde reutilizado por los romanos para sus travesías hacia Bretaña e Irlanda.

Con todo, su método de datación fue muy simple. En concreto su deducción de que se trataba de una construcción prerromana y su adjudicación a un origen foráneo fue por eliminación de opciones tras rebatir todos los demás posibles orígenes para el dique (Acinas, Menéndez y Fernández, 2007: 3).

1°. Descartó que se tratara de una obra de la naturaleza consultando con prestigiosos geólogos las estructuras existentes.

2°. Rechazó la posibilidad de su origen medieval por no aparecer citado tal



construcción singular en ningún documento de la época.

3°. Utilizó como término *ante quem* la datación de las piletas de salazón romanas que él mismo identificó puesto que su construcción era inviable sin la existencia previa del abrigo del dique.

4°. Ante la disyuntiva final prerromana (celtas o foráneos), se decantó por esta última dentro de un conjunto de argumentaciones de todo tipo (literarias, económicas, toponímicas,... *vid. infra*) muy condicionadas por el escaso nivel alcanzado por entonces por los estudios fenicios y tartesios, en muchos casos arrastrados por lecturas muy singulares de las fuentes clásicas (en concreto de las *Fontes Hispaniae Antiquae* del Profesor Schulten, publicadas con Bosch Gimpera en 1922), en las cuales la ruta del estaño era un dogma plenipotenciario y omnipresente en todas las explicaciones históricas de la Antigüedad. No obstante, al margen de sus interpretaciones náuticas del dique y el puerto y las lecturas de las fuentes clásicas (Avieno, César, Estrabón, Plinio, Ptolomeo...), la fundamentación material de esta datación se basó escuetamente en el hallazgo de las citadas monedas (tardo)fenicias.

### **3.4. Fundamentación histórica.**

#### **3.4.1. Argumentos literarios: la ruta fenicia hacia el estaño de las Casitérides.**

Maciñeira sostuvo desde sus primeros estudios que los fenicios llevaron sus naves mucho más allá de las Columnas de Hércules y que alcanzaron las costas gallegas con el fin de explotar los ricos yacimientos de estaño de los montes cercanos, así como el control de la ruta hacia Bretaña y la región de Cornuailles, cuya existencia trataban de ocultar a sus competidores de Occidente. Se basaba para ello en referencias de historiadores clásicos (Avieno, Estrabón, Plinio, Posidonio y Mela, entre otros) y, sobre todo, en los estudios de geógrafos e investigadores de la época como Pietschmann (Maciñeira, 1947: 299, de donde se desprende que utiliza su *Historia de los Fenicios*), Humboldt (*id.*: 395), Schulten (*id.*: 11, 54-55, 98 y en numerosas ocasiones más), Bonsor (*id.*: 236, 290 y 381), París (*id.*: 19, 244), Siret (*id.*: 61, 239 y 275), Saralegui (*id.*: 9, 29, 54 y 147) y Murguía (*id.*: 9, 42, 67,...), entre otros.

Sostenía el autor ortegano que tirios y sidonios doblaron el llamado más tarde por los griegos *Cabo Trileuco* (Ortegal) y, movidos por la idoneidad geográfica de la zona y sus excelentes condiciones para la navegación marítima, fundaron una colonia-factoría y puerto de escala en la ribera oriental de la Estaca de Bares a cuyo río, en recuerdo del nombre antiguo de la metrópoli tiria, llamaron *Sor*. Se situó dicha factoría en el extremo de una península de seis kilómetros de longitud por uno de latitud con un istmo de tierra alta y escarpada montaña, fácil de defender de los pobladores indígenas. Este puerto de Estaca sirvió igualmente para centralizar y canalizar los productos del interior, especialmente el estaño local que se extraía de la Sierra de la Coriscada.

Desde sus primeros trabajos este fue uno de los argumentos fundamentales utilizado

para avalar la posible fundación del puerto de Bares por navegantes prerromanos (foráneos o locales), lo que apunta a condiciones históricas mantenidas por la historiografía tradicional sobre la época colonial (la búsqueda del estaño de las Casitérides) y utiliza un hecho que hoy está fuera de toda duda: que la zona cuyo estudio nos ocupa fue una región estannífera y, además, gozaba de una situación idónea para servir de puerto de atraque y fondeo antes de iniciar la travesía por el Atlántico Norte (Maciñeira, 1896b: 123 y 126).

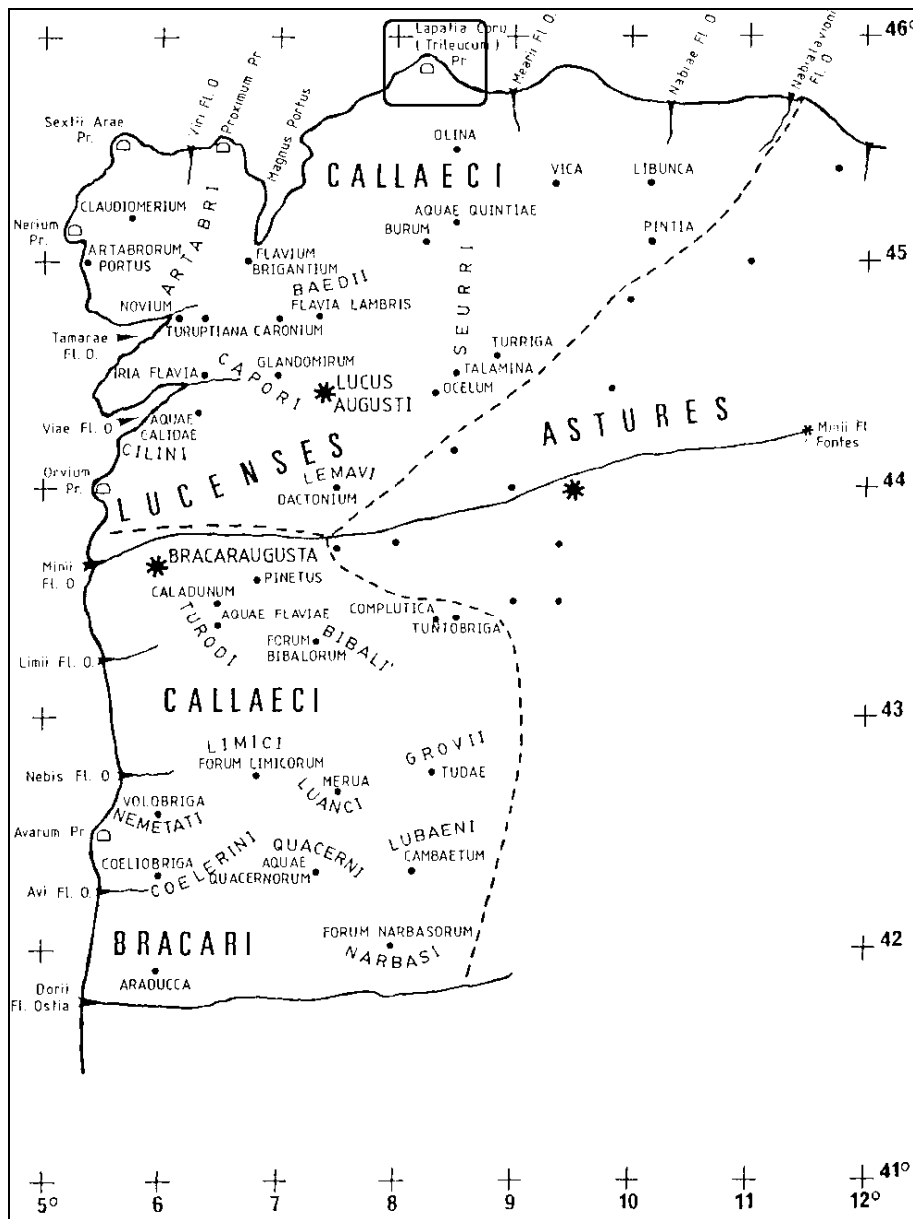
Se había basado para ello como decíamos en la lectura del propio Estrabón, quien, apoyándose en la autoridad de Posidonio, al escribir sobre los ártabros como habitantes de estas comarcas septentrionales de la Península, aludía a la histórica explotación del estaño de los aluviones fluviales de los ríos que desaguan entre las actuales población de Ferrol y Luarca, referencia que podemos considerar de las más antiguas sobre aquella minería arcaica del estaño y el cobre.

### **3.4.2. Argumentos toponímicos: la identificación de los accidentes geográficos de la zona en la `Guía Geográfica` de Ptolomeo.**

En este intento por explicar el conjunto de estructuras portuarias baresas, Maciñeira también retoma las fuentes clásicas y, convencido de que un puerto con tales estructuras constructivas debía aparecer en ellas, asocia Bares al *Burum* que aparece en la *Geografía* de Ptolomeo (Maciñeira, 1896b: 126). Por entonces aún desconoce que a muy pocos kilómetros de Bares hay otro puerto que conserva su nombre ancestral, Burela. Éste era, en realidad, por lo que sabemos hoy día, el *Burum* de Ptolomeo, de lo que puede inferirse que también ésta era un puerto importante de época prerromana (*vid. infra*). En esta población costera gallega existe también un puerto de abrigo protegido por otra escollera ciclópea que, debido a la acción de las aguas del Cantábrico durante miles de años, ha generado la actual Playa de Marosa. Aunque en este caso se trata igualmente de una escollera del tipo de claraboya, las piedras ciclópeas de Burela no son esferoidales, como en el caso de las de la de Bares, sino que se han obtenido de las canteras de la zona, siendo su trazado, por otra parte, rectilíneo y con una longitud de unos 100 metros.

El geógrafo del siglo II de nuestra era, al enumerar en su célebre *Guía Geográfica* (I 2) las ciudades gallegas del convento lucense situadas en la parte septentrional, había citado en primer término, y como más al norte, a *Burum*, la cual se hallaba, según aquél, a los 8° 15' de longitud y 45° 45' de latitud. Se encontraba, por lo tanto, a los mismos grados de longitud y latitud que el Promontorio *Trileucum*, hoy Ortegaleja (8° 15' - 45° 50'), y que el *Lapa Ciacorru* – identificado erróneamente por el alejandrino con el anterior–, que hoy podemos identificar con la Estaca de Bares. De ahí que, independientemente de que existiese algún error en los grados que corresponden a este promontorio mayor –caso muy frecuente en las graduaciones

ptolemaicas—, habría que asociar *Burum* al indicado cabo y al *Lapa Ciacoru*, o, lo que es lo mismo, situarlo entre el Cabo Ortegual y la Estaca de Bares.



**Figura 11.** El territorio de los *Callaeci* según las coordenadas de la *Guía Geográfica* de Ptolomeo, con el Promontorio *Trileucum*, hoy Cabo Ortegual

Pero Maciñeira, fiel a su época, utilizó otras argumentaciones toponímicas (ciertamente abusivas y basándose en excesos etimológicos empeñados en identificar los nombres de los accidentes geográficos con raíz fenicia) para fundamentar su propuesta. Así, por ejemplo, el río que desagua en la Bahía de Bares, tal como aparece ya en documentos escritos del siglo VIII, siempre se llamó *Sor*. Curiosamente éste fue el nombre primitivo de Tiro, la gran metrópoli fenicia. Un lugar de las riberas del Sor cercano a la ría se denomina *Sion*, que también tiene un homónimo en la onomástica fenicia. *Jove* se llama una cercana población marítima de Viveiro,

frente al Cabo de Bares. Éste era también el nombre de uno de los dioses al que aquél pueblo rendía culto. Y, en fin, *Maañón*, población marginal del *Sor* hacia el interior, por donde cruza la vía flanqueada de túmulos dolménicos, se ha relacionado con una posible corrupción de Magnon, nombre líbico de Hércules. Opinaba con ello el ortegano que la onomástica y el panteón fenicio estaban, por lo tanto, bien representados en la toponimia de los alrededores de La Estaca.

Por otro lado, a sabiendas de que Ptolomeo utilizó para su obra geográfica los materiales reunidos por Marino de Tiro, y como quiera que éste los había recogido en su propósito de elaborar un mapa geográfico mundial “*de muchas fuentes fidedignas*” fenicias a lo largo de los dos primeros siglos de nuestra era, Maciñeira sostuvo que era muy posible que en estas ya constara la noticia de la existencia y situación exacta de la fundación. Confirmaría esta idea el hecho de que al Cabo de Bares se le denominaba *Promontorio Veneris* en la *Ora Maritima* de Avieno y se le conocía como primer accidente geográfico con que el navegante tropezaba, después del *Oestrymnis* (el Finisterre bretón), al descender de los mares del Norte en busca del Mediterráneo, y que por eso fue consagrado a la diosa semítica del Océano.

### 3.4.3. Argumentos náuticos: las derrotas naturales en las travesías atlánticas.

No cejó Maciñeira en su argumentación global. El hecho de haberse formado el fondeadero artificial, a costa de los grandes esfuerzos que supone la construcción de esa enorme escollera, en la boca de una amplia ría, en la cual precisamente existen magníficos abrigos y fondeaderos naturales libres de barra y resguardados de todos los vientos, le hizo pensar que serían “... *los navegantes mediterráneos –o quizá mejor sus intermediarios de Tartessos– dedicados principalmente al comercio de los minerales de cobre, estaño y oro en el Occidente europeo, hubiesen sido quienes se decidieron a instalar la gran estación de escala de esa atrevida ruta mercantil en el cabo más alto de Hispania, estableciendo tal vez a la par relaciones de tráfico con el interior del país por medio del camino serrano de la Faladora...*” (Maciñeira, 1947: 320-321).

La propia literatura científica actual demuestra que los fenicios, debido a las condiciones náuticas de sus pequeñas ligeras naves, al sistema de velamen que empleaban, al modo de orientarse y a la manera de hacer sus derrotas, buscaban siempre puertos en que concurriesen las circunstancias que Bares ofrecía, para convertirlos en estaciones de descanso, espera, reparaciones y aprovisionamientos, especialmente aguada, argumentos que el propio Maciñeira, instruido en las mejores publicaciones de la época sobre el mundo fenicio, conocía a la perfección (1947: 318-320).

El estudio por parte del historiador de las condiciones náuticas prerromanas, especialmente de época fenicia, centrado particularmente en las derrotas de mar, en las

condiciones topográficas de estas costas, los vientos y corrientes predominantes en el Cantábrico, inciden, pues, abiertamente en este argumento que concluye que la Estaca de Bares tuvo que constituir en aquellos tiempos una estación forzosa de arribada para los navegantes que realizaban la travesía abierta entre las costas de Galicia y las de la Bretaña francesa e Islas Británicas (Maciñeira, 1896b: 126).

Sin brújula, o, lo que es lo mismo, orientándose por los astros y por las señalizaciones o por las unidades del relieve de la costa, añadían a estas limitaciones otras específicas de las condiciones de la navegación de la época como eran el reducido velamen de sus pequeñas naves, lo que obligaba habitualmente a una navegación costera de cabotaje, si la zona lo permitía o, en el mejor de los casos, de pequeña altura. Fueron estas condiciones las que con el tiempo habrían de convertir esta región extrema septentrional de nuestra península en punto obligado para las travesías atlánticas tanto hacia el *Cantabricum* y el *Gallicum* a la ida, como hacia el *Atlanticus* al regreso, puesto que éste era el punto más cercano a los promontorios del Sur de Inglaterra y del Oeste de Francia, donde empieza también a detectarse materialmente la presencia de intereses comerciales fenicios.

De esta forma, las propias condiciones náuticas generales de la zona aún hoy demuestran que, cualquiera que fuese la derrota adoptada para la navegación entre el occidente de la Península Ibérica y los mares que bañan las Islas Británicas, indefectiblemente, tenían que cruzar las aguas del Cabo de Ortegal/Estaca de Bares, referentes a los cuales, además, había que ceñirse para remontarlos. Por otro lado, ofrecían un resguardo al que acogerse, especialmente esencial al retorno si se trataba como era habitual de una travesía larga y peligrosa.

#### **3.4.4. Argumentos económicos: las antiguas vías de acceso al interior.**

Desde la misma villa de Bares (situada a poco más de 1 km. de su puerto), cerca de la necrópolis romana citada, hasta el gran valle interior de *Puentes de García Rodríguez* (que cuenta con una impresionante acumulación de restos de época pre y protohistórica con más de 200 túmulos, cromlechs y varios castros), discurre un camino real por un trazado de unos 40 kms. de elevadas crestas pertenecientes a la Sierra Faladoira (eje del sistema orográfico de la comarca), que se concreta en el llamado *Camiño Vello* y el *Camiño dos Arrieiros*, paralelos al río Sor, que constituyen las vías naturales de acceso al interior.

Esta vía natural está señalada de manera muy significativa por la existencia de más de 80 túmulos dolménicos, que la flanquean de forma longitudinal, demostrando su utilización desde los inicios del Calcolítico y, muy especialmente, durante el Bronce local, constituyendo una argumentación complementaria sobre la función portuaria histórica de Bares la contrastación desde hace tiempo de la existencia de una activa comunicación y tráfico entre las fértiles tierras de la cuenca alta del Eume y el puerto, el más septentrional de España desde época colonial (Maciñeira, 1896b: 126). Esta ruta, que el autor llega a identificar con la Vía



Appia romana por estar señalada por numerosos dólmenes y enterramientos singulares (Maciñeira, 1947: 37), se utilizaría para comercializar el estaño natural de las sierras del interior, la Faladoira y la Coriscada.

### 3.5. El comercio marítimo atlántico frente al mito civilizador romántico.

Ya Hübner mostró desde un principio la falta de consistencia de las argumentaciones de Maciñeira para datar la fundación de este puerto en época fenicia (1896a: 552). López Cuevillas, en su artículo “La Oestrímnida y sus relaciones marítimas” (1953: 5-44), armado de una cautela significativa, sólo alude a posibles antecedentes de época cartaginesa. Naviero (1991: 156), en cambio, rechazó la tesis prerromana y apuntaba la construcción medieval del puerto para su uso en la pesca de ballenas, hecho posible a tenor de la gran cantidad de restos de cetáceos que el mismo Maciñeira (1947: 228) dijo haber encontrado en la playa. En la misma línea se ha postulado más recientemente Armada (2003: 66-71).

Sin embargo, un nuevo proyecto de investigación coordinado por el grupo Puertos y Costas de la Universidade da Coruña pone en tela de juicio tanto la hipótesis de Maciñeira como la medievalista al sostener que los orígenes del dique de abrigo de Bares son probablemente romanos, aunque no se descarta que el muelle pudiera ser medieval. La aparición de recipientes de origen romano para preparar salazones o el descubrimiento de una villa romana y un mosaico de la misma época en la Igrexa Vella de Bares son sólo algunas de las evidencias que han servido al equipo de la Universidad coruñesa para reforzar su tesis.

Por otro lado, tipológicamente el puerto de Bares es un puerto modesto, de exclusivo carácter mercantil y, por lo tanto, no guarda relación alguna con el modelo de *cothon* fenicio, como fondeadero para naves de escaso calado. Este tipo de enclaves portuarios ya aparecen en la *Odisea* como paradas técnicas de descanso, reparaciones y aprovisionamiento de la navegación primitiva, habitualmente realizadas en los cabos náuticamente más señalados, aunque por necesidad debían contar con algún fondeadero accesible y seguro, y con fácil aguada, condiciones todas que se encontraban en la Estaca, una vez construido el puerto de Bares.

No obstante, no se debe al propio autor su error mayor de datación puesto que este aspecto también contó (fruto de su trascendencia en la credibilidad final del autor) con importantes intoxicaciones externas como demuestra que fuera el propio Bouza el que había cargado a Maciñeira con una datación de la Escollera de Bares que retrotrae ¡a la época megalítica gallega! cuando lo que retrotrae a esa época es la ruta inicial de explotación temprana del estaño que -se entiende- con el tiempo pudo dar una funcionalidad explícita a la escollera.

Así se desprende en diversas afirmaciones que hace en el texto principal en las que afirma de manera explícita:

*“Queda, pues, ampliamente razonado con la opinión de los más doctos investigadores..., hasta donde el actual conocimiento de las antiguas civilizaciones occidentales permite alcanzar con las mayores posibilidades de acierto, cómo desde los lejanos tiempos del megalitismo... existió una frecuente navegación mercantil directa de procedencia mediterránea-tartésica entre el Noroeste hispánico y el círculo armoricano-británico, que con mayor o menos continuidad mantenida ha debido de perseverar a través de algunas de las fases de la Edad del Bronce y del Hierro”* (Maciñeira, 1947: 293-294).

Con esta afirmación es muy probable que el autor pretendiera asociar este hecho, siguiendo las tesis de Obermaier (Maciñeira, 1947: 264-265), con la existencia de contactos oceánicos tempranos desde el neolítico entre las costas de la Península Ibérica con el litoral francés, británico y las regiones del Mar del Norte, para acabar integrando el territorio gallego en la cultura megalítica noreuropea y del vaso campaniforme, relaciones que se verían finalmente consumadas ya en la Edad del Bronce atlántico (*id.*: 365-366). Resulta claramente significativo que en esta argumentación Maciñeira (¿o, más bien, Bouza?) antecede este modelo explicativo a los de corte mediterraneista y, utilizando los últimos trabajos de Martínez Santa-Olalla, pone en tela de juicio abiertamente a Bosch (*id.*: 267, nota 14).

Sin embargo, si seguimos la trayectoria ideológica del propio Maciñeira precisamente esta postura suya mediterraneista era lo que más le alejaba de los “cuadros oficiales” del galleguismo militante (de antes y de ahora) al sostener unos vínculos comerciales y culturales que atacaban al corazón del “hecho diferencial gallego” (el celtismo atlántico) o, dicho al estilo de la época, cuestionaba abiertamente la esencia del espíritu nacional gallego esbozado por el historicismo romántico (Ramil y Muíño, 2006: 14).

Otra cuestión a tener en cuenta es que Maciñeira (1947: 256-257) siempre dejó muy abierta la cuestión a la espera de nuevos descubrimientos y como se ha podido comprobar en estudios muy específicos (Armada, 2003: 95-103), partió de una duda más que razonable al respecto de una datación romana o prerromana del puerto de Bares (*id.*: 245-246). Además, en sus límites cronológicos superiores, a pesar de las limitaciones de la época, siempre estuvieron perfectamente definidos estos cuando, por ejemplo, a través del estudio del fenómeno tumular de la comarca de As Pontes, Maciñeira ya había presentado un horizonte de transición entre finales del Neolítico e inicios del Bronce (conceptualizado más tarde como Calcolítico) cronológicamente fechado entre 2300-1900, demostrando claros indicios de constituir una región muy abierta a las relaciones exteriores.

Resulta, pues, evidente que el régimen franquista, que lo había desposeído de todo prestigio y dignidad como investigador y como cargo público, se valió de sus teorías para

fundamentar arteramente (y “contra natura”) las convicciones ideológicas más conservadoras a la vez que sumía gran parte de su obra póstuma entre simplificaciones absurdas y malas interpretaciones.

Por otro lado, los recientes estudios sobre las estructuras del dique de Bares, basándose en la geometría del puerto definida por los proyectos constructivos y los planos levantados, en las ortofotos de la zona y en la cartografía detallada, establece claramente que el estado actual de éste es heredero directo de la remodelación realizada en 1897, así como de las obras de reparación llevadas a cabo en 1968. Por otra parte, un equipo en el que se contó con la participación de arqueólogos (José María Bello, Director del Museo de A Coruña; Emilio Ramil, excavador de la villa romana de Bares; y X.L. Armada, experto en los trabajos de Maciñeira y la zona de Bares) e historiadores (B. Roldós) bajo la dirección del Catedrático de Historia Antigua de la Universidade da Coruña ha desestimado totalmente una fecha de construcción prerromana (Acinas, Menéndez y Fernández, 2007: 4-7).

Es evidente que, con los datos en la mano, Maciñeira erró meridianamente en su datación y filiación del puerto de Bares. Hasta el momento ninguna de las estructuras encontradas nos permite relacionarlo con los fenicios (menos aún con los tartesios) y los hallazgos materiales que presuntamente pudieran asociarse han resultado más tardíos. Con todo, la propia correspondencia de Maciñeira con Bonsor (publicada por Armada, 2003: 103-111) demuestra que el ortegano le consultó con frecuencia sus descubrimientos y que, aunque inicialmente siguiera tradiciones románticas que había encontrado en Murguía (Maciñeira, 1947: 200, nota 20), fue el mismo Bonsor quien le sugirió el origen fenicio o púnico de algunos de los hallazgos de la comarca, errores que más tarde se utilizaron para desprestigiarle aunque el prestigio de éste nunca (felizmente) se vio atacado por ello.

Así, por ejemplo, las monedas púnicas no parecen poder retrotraerse a momentos anteriores al siglo III a.C. Estudios posteriores han podido identificarlas como dos shekel y un divisor de Gadir (anverso de Melqart con clava; reverso con dos atunes y leyenda) y una pieza de Abdera (anverso con templo tetrástilo; reverso con dos atunes y leyenda) (Suárez, 1996: 153). Con todo, también habría que consignar a favor de Maciñeira que, a pesar de que utilizara ampliamente este descubrimiento como argumento material para la adscripción cultural de la identidad de los navegantes foráneos protagonistas –según él- de la construcción de las estructuras portuarias de Bares, este uso nunca fue extensivo a la datación final porque siempre fue consciente de que haberse utilizado “*en los primeros tiempos de la colonización romana*” (Maciñeira, 1947: 370), lo que le permitió de paso fundamentar la continuidad histórica de las navegaciones púnicas al noroeste más allá de la irrupción de los intereses romanos.

Tampoco pueden relacionarse con los fenicios los “*capiteles púnicos de impronta egipcia*” a los que se refería el autor, aunque nuevamente su identificación se debió a la

información que le hicieron llegar expresamente y por escrito autores como Pierre Paris, Salomon Reinach a través de Bonsor, José Ramón Mélida (uno de sus grandes apoyos desde la dirección del Museo Arqueológico Nacional) y Adolf Schulten (Maciñeira, 1947: 237-240). Aún hoy las dificultades de datación son manifiestas puesto que (con todas las reservas puesto que no hay aún ningún estudio definitivo al respecto), en opinión de la Profesora Carmen Aranegui se trataría más bien de basas romanas (Armada, 2003: 66), tal vez de posible estilo toscano.

Y mucho menos se puede -con estos datos materiales- apoyar una irrupción de los intereses fenicios en la zona desde épocas tempranas (2500-2000 a.C.) para así vincular la fundación de Bares con la existencia de la ruta tumular Bares-As Pontes y la explotación temprana (tempranísima) de la casiterita y el oro (Maciñeira, 1947: 30-32). Estos intentos parecen estar presididos por un especial interés de Maciñeira en alcanzar la explicación final que ciertamente estaba argumentada desde el principio: la inclusión del territorio galaico desde fechas muy tempranas, gracias a los fenicios, en las rutas de la civilización y la cultura arrancándola historiográficamente de los límites de la barbarie y el olvido; y la continuidad histórica de este fenómeno del Bronce Final con la cultura megalítica y la ruta de las mámoas identificada por Maciñeira. Unos sentimientos que sin duda bebían de los condicionantes del romanticismo y las reivindicaciones nacionalistas de un pasado histórico dorado. A pesar de ello, como analizaremos más abajo, es posible también que estas afirmaciones estuvieran condicionadas por el carácter póstumo y la edición final (a manos de Bouza) de su trabajo.

Con todo, el propio Maciñeira fue muy prudente en sus afirmaciones al respecto de la fundación inicial del puerto y en las páginas finales de su obra afirmó “... *sobre este gran problema histórico de la ciclópea escollera de la ensenada de Bares, creo que aún sea temprano para poder atribuir su origen a gentes determinadas mientras nuevos descubrimientos no lo esclarezcan en la forma que la ciencia exige*” (1947: 382).

Sí parece quedar ya fuera de toda duda la existencia de restos constructivos y materiales de época romana, especialmente los correspondientes a la factoría de salazones y a la villa de Igrexa Vella, dotada con un mosaico, cuya realidad funcional pudiera estar asociada. Junto a estos se han podido documentar otros restos constructivos pertenecientes a habitaciones domésticas, monedas de época imperial, una posible necrópolis, las basas de columnas en las que Maciñeira quiso ver origen púnico e impronta artística egipcia,... Sin embargo, a pesar de la evidencia del poblamiento romano de la Estaca, tampoco se han podido demostrar definitivamente las condiciones mínimas que expliquen la construcción de estas imponentes estructuras portuarias en esta época, sobre todo si tenemos en cuenta la cercanía del puerto de *Brigantium*.

Pero, a pesar de los errores de bulto del arqueólogo gallego, hoy, con datos muy distintos en la mano, sí podemos argumentar científicamente la existencia de contactos en la

zona por parte de colectivos mediterráneos desde al menos el Bronce Final. De ello pueden dar buena muestra las fíbulas de codo, los asadores articulados (Mederos, 1996 y 1997), las cuentas de collar de pasta vítrea, la cerámica ática, las nuevas monedas –esta vez sí- de época púnica (Domínguez Pérez, 2005a, 2005b y 2006a),... identificados en la zona, cuyos recientes descubrimientos están poniendo de manifiesto en los últimos años una realidad en absoluto excepcional por la que habrá que incluir, al menos, todo el litoral noratlántico hasta Campas Torres en estas rutas de distribución comercial frecuentadas por los fenicios desde los inicios del primer milenio, proceso que parece ya claramente confirmado cuando Gadir, tras la caída de Tiro, asume el propio desarrollo como polis independiente en estos mares lejanos. Y aunque ciertamente no tengamos muchas pruebas de estos contactos en el puerto de Bares, sí empiezan a identificarse estos restos en el castro de la Estaca (Ramil y Muño, 2006: 43).

En otra línea, este aumento contrastado del comercio marítimo atlántico durante el Bronce Final debe considerarse muy posiblemente vinculado con el aumento de la productividad local. A pesar de ello, curiosamente, entre los autores especializados existe aún una inercia a mantener posiciones historiográficas que los recientes descubrimientos contrarían abiertamente como es el presupuesto de que las nuevas fundaciones fenicias del sudoeste y costa oeste peninsular no influyeron de manera significativa en el litoral galaico hasta, al menos, el final de la Edad del Hierro tardía. Como hemos citado arriba, los continuos descubrimientos de materiales mediterráneos y/o comerciados por los fenicios desde principios de milenio junto a la elaboración de verdaderas rutas náuticas de distribución comercial desde épocas tempranas (Domínguez Pérez, 2006b) invalidan hoy en día estas férreas posiciones historiográficas y exigen una respuesta coherente a los que argumentaban la excepcionalidad, arbitrariedad y escasa entidad de los hallazgos fenicios en el territorio galaico.

Por otro lado, la mera existencia de puertos prerromanos de distribución primaria y castros marítimos junto a la evidencia de un comercio de productos singulares que con el discurrir del milenio se vuelve socialmente diversificado descalifica la narración generalmente aceptada para el norte de la Península Ibérica y cuestiona abiertamente el modo de vida que se describe tradicionalmente para el territorio galaico prerromano como un país habitado por pueblos que vivían en castros en un estado de alta barbarie consagrados a la guerra y al ganado. E, independientemente de la cronología adjudicada, de confirmarse una probable fundación romana del puerto, el propio movimiento de piedras necesario para la construcción de estas infraestructuras portuarias demostraría el conocimiento de una tecnología y el empeño de una fuerza de trabajo colectiva singulares, así como la aparición, al menos, de un modelo de estado prístino que no alcanzaron a comprender o no quisieron reconocer los propios romanos.



**Figura 12.** El comercio fenicio-púnico, materializado sobre todo en la aparición en los castros costeros de ánforas de Gadir, cerámica ática, cuentas de pasta vítrea y monedas de bronce, permite reconstruir ya una ruta comercial de tradición fenicia en el litoral galaico-asturiano (Domínguez Pérez, 2006a: 149)

Cuestión distinta sería qué poder local, bajo qué organización social, con qué fines y con qué medios se construyeron estas infraestructuras portuarias. Resulta evidente que aceptar su existencia conlleva el reconocimiento de la existencia temprana de flotas mercantes en el Cantábrico. En este sentido cabría recuperar las célebres referencias a los barcos con entramado de mimbre recubiertas de piel que menciona el procónsul Avieno en la *Ora Marítima* (101-104), basándose en la alusión de Estrabón (*Geografía* III 3, 7) cuya existencia también testimonian Julio César (*Civ.* I 54, 1-2) y Plinio (*Nat.* VII 56).

#### **4. Maciñeira y su tiempo: un trabajo sin reconocimiento.**

##### **4.1. Entre el anticuarianismo, el positivismo y el evolucionismo.**

A modo de balance habría que afirmar que en Maciñeira encontramos un intelectual de su tiempo que cursa estudios elevados, llega a alcanzar cargos políticos locales y se empeña personalmente en la modernización del campo y los medios de comunicación de su comarca. No está de más, subrayar, por ello, que su empeño hasta la muerte en el estudio del pasado se contrasta con un evidente interés por mejorar el presente y el futuro de su tierra, proyecto en el



que participa con los sectores más progresistas de la sociedad gallega y en el que considera fundamental también una renovación de los programas educativos. Es muy probable, por tanto, que fueran estas posiciones aperturistas las que le pasaran factura con la llegada del Régimen franquista.

Además de su carácter pionero de la arqueología gallega, hoy se le reconoce como el personaje que mejor personifica el tránsito entre el celtismo romántico del siglo XIX y las investigaciones de la Sección de Prehistoria del Seminario de Estudios Gallegos (Armada, 2003: 37). En este sentido, Maciñeira se convierte personalmente en una encrucijada entre lo viejo y lo nuevo: recupera la herencia de los investigadores tradicionales, incorpora gracias a sus contactos epistolares y personales los conocimientos de los investigadores actuales, nacionales y extranjeros y demuestra un temprano afán por publicar sus primeros estudios en la prensa local, que, siguiendo la tradición decimonónica nacional en la comarca de Ortegal gozaba de una rica difusión a través de jornales, revistas y boletines.

Es, además, un precursor que parte de posturas anticuaristas para desarrollar un abierto proteccionismo del patrimonio histórico y arqueológico, lo que le lleva tanto a denunciar la incompreensión y la falta de sensibilidad de muchos responsables institucionales como a completar una magnífica colección de materiales que al morir dona al Museo de Santiago, y que se ha convertido, tal como deseaba expresamente en la introducción de su obra póstuma (Maciñeira, 1947: 21-22), en fuente de numerosos trabajos desde los años 50 hasta la actualidad de arqueólogos como Cuevillas, Monteagudo, y, más recientemente, Criado Boado, Fábregas Valcarce y Suárez Otero, entre otros (Armada, 2003: 93-94), que han supuesto nuevos hitos en la investigación de la prehistoria gallega.

Adoptando una postura individual y partiendo del conocimiento de una bibliografía muy completa de las publicaciones de la época, adopta modernas técnicas de excavación y de prospección, incorpora complejas descripciones de los trabajos y las piezas descubiertas y desarrolla formas de representación gráfica y dibujos del registro arqueológico identificado como los cortes de las excavaciones, algo ciertamente inusual por aquellos años (González Ruibal, 2006-2007: 30-33, por ejemplo, cita “vaciados de habitaciones” realizados por autores de la época, memorias de excavaciones sin planimetrías, catálogos de materiales sin referencias del hallazgo, aunque en ningún momento incorpora a Maciñeira en la nómina de arqueólogos con prácticas científicas), lo que en muchos casos se ha convertido en una ayuda inestimable para lecturas alternativas con el paso de los años; recupera la literatura pre-científica de la región crítica con los registros (Murguía, Villaamil, Saralegui), dejando al margen a los retóricos tradicionales (Martínez Padín, Vereá y Aguiar), más empeñados en subordinar el registro a la especulación teórica que en construir una explicación histórica de la identidad gallega.

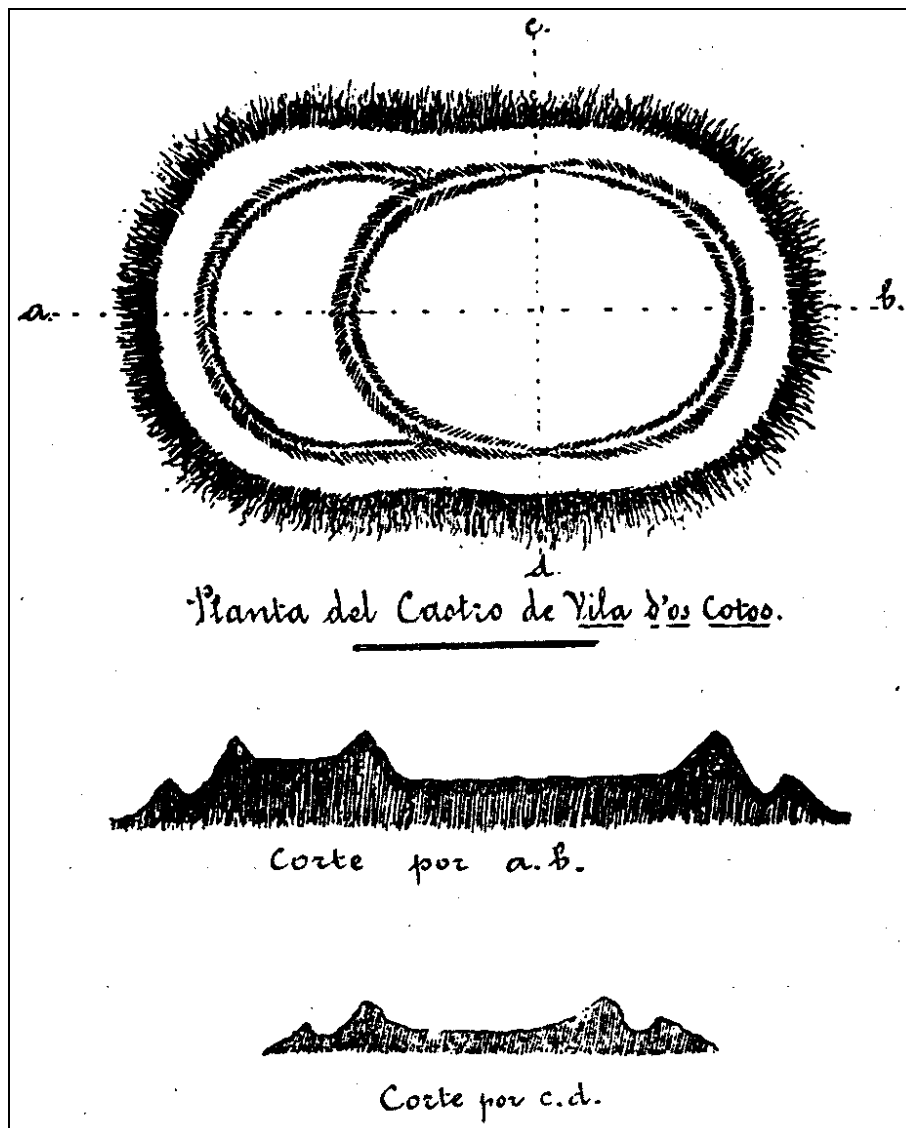
En concreto, Murguía había demostrado en sus estudios históricos un interés esencial por los testimonios materiales, hecho que forma parte ya de los primeros trabajos de Maciñeira (Armada, 2003: 39), aunque claramente enfrentado con su ideología pro-aria (que, sin embargo, sí estaría plenamente presente en la obra de Vicente Risco; *vid.* Pereira, 2000: 323-325); a Villamamil se le considera la figura más importante de la arqueología gallega del siglo XIX y había sido el primero en realizar excavaciones arqueológicas en Galicia con un método mínimamente serio incorporando nociones de estratigrafía y tipología al nivel del resto de los países europeos (Pereira, 1996a: 18-19); de Saralegui nos consta, además, que dirigió varios de los trabajos de Maciñeira publicados en *El Almanaque de Ferrol* (Armada, 2003: 30-39).

A lo largo de su vida llega a publicar 256 trabajos, de los cuales un total de 44 pertenecen al ámbito de la prehistoria, la etnografía y la arqueología. De estos, 13 pueden considerarse “trabajos menores” si aceptamos esta denominación para las colaboraciones breves publicadas en periódicos y revistas locales, boletines o anuarios generalistas y de proyección casi siempre comarcal o regional. Por el contrario, otros 31, los más importantes para nosotros, deben considerarse trabajos de investigación publicados en revistas científicas especializadas y actas de congresos, además de ediciones particulares (Armada, 2003: 57-58).

Sobre su convencimiento en las posibilidades de las distintas técnicas arqueológicas y su afán por desacreditar las reconstrucciones pseudo-históricas al uso durante aquellos años pueden dar buena prueba sus palabras en una de sus publicaciones iniciales (1891): “... *cada objeto que se desentierra y cada monumento que se descubre es un dato más para reconstruir nuestra historia; a veces uno de estos encuentros destruye la argumentación sofisticada sobre una época*”.

Igualmente, su compleja visión interdisciplinar del problema histórico también forma parte de su método cuando sostiene que “... *sumando coordinadamente y relacionando entre sí, tanto los elementos de juicio de carácter arqueológico e histórico, cuanto los de orden geográfico, toponímico, náutico, etnológico, tradicional y folklórico con respecto al país conocidos, engarzados luego a las fuentes literarias, será posible arribar al más aproximado esclarecimiento del problema que nos plantean ...*” (Maciñeira, 1947: 21).

De igual forma, gracias a una exhaustiva (aunque primitiva) técnica de prospección apoyada tanto en fuentes orales como en el rastreo y análisis del territorio, ya en 1911 había identificado y debidamente registrados con muy escaso margen de error casi trescientos túmulos, sesenta castros protohistóricos, treinta castros costeros y tres enclaves portuarios (concretamente los de Bares, Cedeira y Espasante). El inventario de estos hallazgos, que no comenzaría a publicarse hasta muchos años después (Maciñeira, 1942-1943), no se podría completar debido a su fallecimiento.



**Figura 13.** Planta del castro de Vila dos Cotos en As Pontes en el que se han representado sendos cortes trazados a partir de dos ejes transversales (foto publicada por Maciñeira, 1897a: 105)

A nivel gráfico introduce técnicas de representación modernas como plantas, alzados, secciones y planos con numeración de la localización de los distintos yacimientos y con inclusión de escala, puntos cardinales (Maciñeira, 1929: 13 y 24), así como otros datos importantes para la reconstrucción histórica, tales como antiguas explotaciones minerales, necrópolis, hallazgos de materiales descontextualizados,... Además, con cierta frecuencia acompaña sus publicaciones con fotografías con escala del hallazgo (que a veces es poco más que un vecino del lugar como referencia visual) y de algunas piezas, que reproduce de frente, reverso y perfil, lo que nos ha facilitado considerablemente estudios posteriores. Cuando estas piezas aparecen dibujadas, al menos desde su madurez como investigador allá por los años 20,

las acompaña también con la escala gráfica de representación.

El método de excavación, mucho menos utilizado en sus estudios por razones obvias que la de prospección o los hallazgos casuales, normalmente se basa en la realización de sondeos, descubrimiento y limpieza de estructuras. Por las mismas razones económicas utiliza mayoritariamente, sobre todo en el estudio de los túmulos, la apertura de zanjas longitudinales a partir de su centro, sobre el que se establece una cavidad central de forma circular o cuadrada, técnica desarrollada años antes por Worsaae, prehistoriador nórdico discípulo de Thomsen, inventor de la estratigrafía moderna y especialista en las culturas del Bronce, al que Maciñeira citaba de vez en cuando (1929: 31) y del que también debió extraer la idea del nacimiento de la cultura a partir de una fuente única (Casado, 2006: 193) y la convicción en el desarrollo singular de ésta a partir del difusionismo invasionista de pueblos, casi siempre orientales, más evolucionados (1947: 176).

Además, desde sus primeros trabajos a la hora de identificar y catalogar los hallazgos, describe con propiedad los materiales, conoce e identifica las formas cerámicas y otorga la importancia debida a otros fenómenos que se van apareciendo mientras excava (restos de combustión, minerales,...). Su propio estilo de describir las piezas hablan de su formación y minuciosidad como se aprecia en esta caracterización de un fragmento cerámico encontrado en el castro de Ladrido de Ortigueira (Maciñeira, 1900: 498):

*“Cuello medio arrollado para afuera de una vasija muy panzuda, y fondo plano de la misma, construida a torno sin ornamentación ni abrillantamiento, afectando la forma aún hoy usual en la cerámica del país. El anillo de la boca tiene 0 m. 15 de diámetro y el disco del fondo 0,16. Está hecha de tierra muy ordinaria con profusión de arenas gordas y finas de cuarzo, siendo el espesor de sus paredes de 0,008, muy roja la parte exterior y negro todo el resto”.*

Pero progresivamente supera este interés por los artefactos para centrarse en la identificación y reconstrucción gráfica de los sitios y su medio físico incorporando análisis explícitos de la geología del terreno junto a su topografía y orografía natural. Añade, además, elementos de la hidrografía, fundamental en su lectura, a los que sigue una breve, aunque significativa, reseña sobre la vegetación del lugar (Maciñeira, 1947: 25-27). Dibuja y reconstruye con todo tipo de representaciones gráficas las estructuras descubiertas, especialmente en la excavación de los túmulos, con el propósito de extraer de ellas implicaciones cronológicas y culturales. Culmina su evolución personal en la elaboración progresiva de una técnica sistemática de trabajo procediendo a la interpretación inicial de niveles estratigráficos y perfeccionando sus registros y descripciones de los hallazgos hasta alcanzar en el propio libro de Bares una gran precisión en aspectos tan esenciales como la

coloración y composición de los suelos, aspectos todos ellos que no sufrirían un importante desarrollo científico en Europa hasta los años 30 y que en nuestro país no se implantarían definitivamente hasta la apertura en Madrid de la sede del Instituto Arqueológico Alemán en 1943 (Armada, 2003: 52-53).

Está claro que, independientemente de que su perfil científico no haya sido suficientemente valorado como arqueólogo, la metodología disciplinar que presidía su trabajo, las técnicas utilizadas en las actuaciones de campo, así como el registro, catalogación y representación gráfica y fotográfica de los hallazgos y sitios documentados nos permiten considerarle claramente como un precursor de la más moderna arqueología, superando incluso a la inmensa mayoría de historiadores del Seminario de Estudios Gallegos, habitualmente más reconocidos, cuya práctica científica está muy por debajo de la de Maciñeira.

#### **4.2. Su concepción de la protohistoria gallega: fuentes teóricas e ideológicas.**

Este perfil científico que hemos analizado, no obstante, está ampliamente informado por su propia evolución teórica e ideológica, como demuestran tanto el pasado que hemos tratado como los nuevos avatares que sufre el ortegano.

A partir de los años 20 Maciñeira, que había actuado de manera individual hasta entonces, entra en contacto a través del Seminario de Estudios Galegos con Bouza-Brey y López Cuevillas, con lo que una vez más sirve de puente, ahora con la nueva arqueología gallega integrándose en las nuevas propuestas para la recuperación del registro arqueológico a través de la utilización de una metodología positivista. En estos nuevos estudios se aprecian más que nunca los principios evolucionistas tomados de Saralegui (y éste de Lubbock, de Mortillet y finalmente del citado Worsaae) a través de los cuales el progreso cultural se debe a la evolución interna de las sociedades que a través de sus fases reconocidas se veían enriquecidas por fenómenos invasoristas dinamizados por parte de pueblos más civilizados, portadores de innovaciones tecnológicas y nuevas pautas de comportamiento a los menos desarrollados (Pereira, 1996b: 15). Progresivamente, sin embargo, sustituye este argumento por el factor definitivo del comercio en la transmisión de las formas más desarrolladas de civilización (Maciñeira, 1947: 34), aspecto que llega a retrotraer hasta el mismísimo neolítico (*id.*: 365-366). Todos estos argumentos forman parte de las tesis colonialistas del momento que, partiendo de los datos etnográficos, a través de los famosos paralelismos culturales contribuían a sancionar el derecho “natural” de la nueva burguesía europea como afirmación de los más capacitados en su evolución unilineal hacia el progreso y de camino consumaba históricamente su instrumento para ello, el comercio.

Demuestra a lo largo de toda su obra y sobre todo en su trabajo final un exhaustivo conocimiento de las obras de los grandes prehistoriadores y arqueólogos del momento como

Pedro Bosch-Gimpera (Maciñeira, 1947: 55-62; 89; 131-140), Hugo Obermaier (*id.*: 134-140), Salomon Reinach (*id.*: 11; 236; 269-278; 371), Adolf Schulten (*id.*: 54-55; 173; 218-246), Luis Pericot (*id.*: 29; 54-56; 125; 256-269), José Pérez de Barradas (*id.*: 106; 131; 140), José Ramón Mélida (*id.*: 160; 176; 237-239) o Cayetano de Mergelina (*id.*: 78; 161; 176; 265).

Incorpora también a su nómina de autoridades los mejores especialistas en el conocimiento de la civilización fenicia y sus fundaciones en la Península, caso de Pierre Paris (*id.*: 19; 244), Ricardo Pietschmann (*id.*: 299; 318-327; 369), Jorge Bonsor (*id.*: 236; 290; 381) o Luis Siret (*id.*: 61; 239; 275), muchos de los cuales se convierten en referentes directos de sus descubrimientos y acaban aportando una orientación explícita a sus identificaciones y dataciones.

La aplicación de estos presupuestos teóricos a la realidad protohistórica gallega por parte de Maciñeira supone salvo contadas excepciones (como la de Paris) un poco disimulado menosprecio por la cultura de los pueblos del interior y las tesis indigenistas a la vez que una veneración por los elementos foráneos, hecho que debió suponerle un distanciamiento teórico mayor con algunos autores tradicionalistas al sostener habitualmente el escaso desarrollo de la agricultura y el predominio del pastoreo y del robo de ganado como actividades habituales de los pueblos celtas del interior y adjudicar a los referentes culturales foráneos las excelencias de la sociedad galaica. En la misma línea evolucionista Maciñeira adopta, como muchos otros, el sistema cronológico evolucionista fundamentado en las tres edades (Piedra, Bronce, Hierro).

Tras la Guerra Civil, aunque tenemos un conocimiento elemental sobre las actitudes represivas del régimen franquista contra los fenómenos identitarios regionales, queda por avanzar cuáles fueron en el caso de Maciñeira las causas específicas que imposibilitaron este reconocimiento explícito por parte de los arqueólogos de la época, muchos de ellos compañeros en el Seminario Gallego y con quienes había entablado lazos científicos e incluso (como hemos analizado) personales desde sus inicios. No es un tema baladí al respecto el hecho de que, frente a la visión hermética y atlantista como hemos dicho del fenómeno castreño patrocinada por el galleguismo oficial, Maciñeira siempre propugnó una visión mediterraneista, lo que sin duda le granjeó el menosprecio de su obra por parte de los defensores clásicos, modernos y posmodernos del hecho diferencial gallego.

De igual forma se distancia de los presupuestos formales nacionalistas, aunque también de sus propias fuentes tradicionalistas (Saralegui y Murguía), al sostener un megalitismo no céltico estableciendo un vínculo entre los celtas y la introducción del bronce. Aparte del mérito de la identificación y localización de los grandes conjuntos tumulares del litoral gallego, y en especial de los de la comarca de Ortegal, procede estableciendo una vinculación del fenómeno megalítico con el acceso de poblaciones del Cobre al interior siguiendo el curso de los ríos y con la explotación de las ricas tierras de estas vegas fluviales. De esta manera, al poner en relación estos aspectos, sin duda sienta las bases para una explicación más amplia de la llegada

de navegantes foráneos a las costas de la comarca.

Se ha defendido como hipótesis para este cambio de posición respecto a la tradición historiográfica gallega la influencia de los primeros estudios que vinculaban el megalitismo con el marco ecológico como factor determinante de las sociedades humanas, caso del *Compendio de Historia Universal, Edad Prehistórica y Período Oriental* de M. Sales y Ferré, publicado en Madrid en 1883. En la misma línea identifica más de 286 túmulos megalíticos en el norte de A Coruña, con los que propone una reconstrucción del horizonte funerario prehistórico gallego revisando los materiales y emprendiendo una crítica explicativa del concepto de megalitismo céltico romántico hasta materializar hipótesis explicativas claramente modernas como la relación de estos túmulos con caminos antiguos y su función política vinculada muchas veces a estructuraciones estratégicas del territorio, en cuya concepción ya estaba latente la comprensión del proceso de construcción cultural del paisaje (Armada, 2003: 44-45 y 60-62).

Desde esta perspectiva arqueológica otro de sus aportes más sobresalientes es el estudio de los castros de esta misma zona, a los que a veces concede cronologías que alcanzan ¡el neolítico!, para acabar centrándolos en el Bronce y poniéndolos en relación con una expansión cultural vinculada a las hachas de talón de dos anillos (Maciñeira, 1935: 179 y 272-274). Descubre y estudia sus defensas, recoge materiales, que identifica y dibuja con propiedad (torques, puñales,...) y concluye en pequeños trabajos de síntesis su reconstrucción histórica en la que le otorga un modelo de sociedad basado en la economía ganadera y en la guerra (Armada, 2003: 60).

Por otra parte, sus excavaciones arqueológicas en Bares constituyen unas de las primeras intervenciones con carácter (pre-)científico hechas en Galicia. La difusión de estos trabajos en publicaciones tanto regionales como nacionales lo convierten en el arqueólogo gallego más reconocido en círculos internacionales de aquellos años, aunque para que este reconocimiento fuera explícito en su país han tenido que pasar más de cincuenta años. En su obra póstuma, una vez más recoge la tradición historiográfica romántica palpable en sus primeros trabajos (1896a), nacida de sus lecturas juveniles (Saralegui, especialmente, en este tema, que defendía, por ejemplo, la fundación de Cedeira por “gentes semíticas”). Recupera las fuentes textuales antiguas como la *Odisea* o la *Ora marítima* de Avieno, en la que estudia las tradiciones náuticas, los contactos culturales y las referencias de los historiadores clásicos, pero también los cronistas locales y la misma épica medieval irlandesa. A través de una lectura crítica propone una identificación de los principales accidentes geográficos de la zona y, más específicamente, una identificación de las Casitérides como argumentación básica para una explicación funcionalista del puerto de Bares vinculado a la búsqueda del estaño. Y, sobre todo, realiza actuaciones de campo en el mismo puerto (tres campañas de excavaciones anuales) y en las zonas colindantes, así como el territorio inmediato (Cedeira, Espasante, Cariño) y establece

un vínculo material entre los “artefactos” y las estructuras descubiertos hasta dotarlos de argumentaciones arqueológicas que le llevarán a fijar una identidad preconcebida y una cronología disparatada para estos contactos fenicios con el litoral galaico que data del período 1700/1200 a.C., según él siguiendo en sus argumentaciones a Siret (Armada, 2003: 65, nota 32).

### **4.3. Maciñeira ante el problema del Bronce Atlántico.**

Fruto también de su época, el conjunto de los estudios emprendido por Maciñeira tiene como fin la puesta en valor del concepto de la existencia de un país estructurado prerromano que ocupaba el norte y la mitad occidental de la Península Ibérica, hecho que debería poder verificarse por medio de los restos de su cultura material que hubieran sobrevivido a la destrucción sistemática que contra ella efectuó el Imperio Romano, tras la ocupación de sus territorios. Con este fin y partiendo de las noticias escritas extraídas de las fuentes clásicas que podían interpretarse ampliamente por su ambigüedad conceptual o falta de concreción geográfico-histórica, Maciñeira pretende así revelar la existencia en estos territorios de una poderosa talasocracia en época prerromana (galaica), de la que pretendía haber encontrado el primero de una cadena importante de instalaciones portuarias marítimo-costeras: el puerto de Bares.

Dejando al margen cuestiones que la propia evolución de la ciencia arqueológica hace años ya que ha demostrado como exageradas, no está de más, no obstante, llamar la atención sobre la clarividencia y la interpretación ciertamente original que incorpora Maciñeira a través de algunos conceptos como, por ejemplo, la existencia de un rico foco cultural y tecnológico atlántico (metalúrgico, comercial, náutico,...), cuyo desarrollo global evoluciona de manera paralela (aunque no independiente) al foco mediterráneo y que, en muchas ocasiones, opera cambios sustanciales con bastante anterioridad a que éstos sucedan allí. Mucho más allá no duda en incardinar con fundamentos arqueológicos el noroeste peninsular en las grandes rutas del Atlántico norte rompiendo la obsesión por los círculos regionales cerrados y estableciendo las rutas náuticas como factor elemental en la configuración de unos espacios geográfico-culturales en permanente interacción y cambio, mucho más en la línea de MacWhite o de Savory (Bettencourt, 1998: 19), por tanto, que de Santa-Olalla.

En este contexto y no en otro algo más tardío es donde debemos centrar inicialmente este debate del Bronce Atlántico que, con todo, no se reconoce historiográficamente hasta que Martínez Santa-Olalla lo reinventa en los primeros años del Franquismo con criterios puramente tipológicos asociados a la producción metalúrgica y con el propósito político de poner en estrecha dependencia la prehistoria nacional de las civilizaciones centroeuropeas y un migracionismo básico siguiendo las tendencias ideológicas difusionistas de la época (Bethencourt, 1998: 18).

Es muy probable también que este mismo tema del Bronce Atlántico –en una u otra



dirección- inspirara el interés manifiesto de Obermaier y de Bosch-Gimpera por la arqueología prehistórica del noroeste, así como la propia insistencia de éste último en colocar y mantener a Pericot en Santiago presionándolo hasta el punto de advertirle que su traslado voluntario a Valencia sería como una deserción (estas son las duras palabras que utiliza Bosch en una carta personal a Pericot que recoge de otras fuentes; *vid.* Armada, 2004: 264). A través de este aspecto se ha intentado justamente ponderar las posibilidades reales de la arqueología gallega si no hubiesen primado estas relaciones con los dos grandes centros-escuelas nacionales del momento (Armada, 2004: 263), proceso por otro lado inseparable del propio curso ideológico y político de los acontecimientos. En este proceso, Pericot y López Cuevillas fueron claramente la mano de Bosch-Gimpera y de la escuela catalana en suelo gallego y como tales no tardaron mucho tiempo en recibir el *placet* de la escuela (a éste último, según Pericot, se le llegó a considerar “*el brillante adalid de una naciente escuela arqueológica*”; recogido por Armada, 2004: 261) a los trabajos emprendidos en las líneas de investigación que ésta consideraba prioritarios. En esta asociación de Pericot y la escuela catalana de Bosch-Gimpera con Cuevillas y la plana mayor del Seminario de Estudios Gallegos, no obstante, queda bastante a la sombra la (escasa) participación e, incluso, la pobre valoración global implícita que los arqueólogos-tutores de la naciente arqueología gallega mostraron por Maciñeira, algo en lo que tampoco debió suponer una ayuda su reprochado carácter “aficionado” (en el sentido de “no profesional”) y los escasísimos vínculos del gallego con el estamento universitario.

Sólo desde finales de los años 80 se reiniciaría el proceso historiográfico capaz de devolver a estos territorios atlánticos el protagonismo arrancado por las purgas temáticas iniciadas durante el Franquismo en su obsesión por hacer desaparecer los fundamentos históricos lejanos del galleguismo (y en general de todas las bases ideológicas del nacionalismo periférico) que desde principios del siglo XX se estaban reactualizando.

#### **4.4. La identidad protohistórica en el regionalismo gallego: esencialismo étnico, diversidad ideológica y mercadotecnia del proceso.**

Por otra parte, ahora más que nunca, cuando las esencias del neoliberalismo han quedado claramente al descubierto, en la búsqueda de referentes ideológicos susceptibles de convertirse en materia rentable a nivel político, resulta evidente el uso del pasado remoto para justificar agendas políticas contemporáneas (Ruiz Zapatero, 2002: 1) y también, por qué no decirlo, para elaborar ilusiones culturalistas ampliamente manipuladas que utilizan un conjunto de iconos histórico-arqueológicos como referentes de prestigio con los que dotar de respeto y autenticidad procesos reelaborados más modernos. Con ello, se consigue asociar en la mente del consumidor la raíz histórica de la identidad actual, la consideración noble de este proceso identitario y el proceso histórico-evolutivo hasta la actualidad. En este sentido, al igual que el

nuevo Estado de las Autonomías en el último cuarto del siglo XX, los nacionalismos periféricos recurrieron a principios del siglo XX a idénticos procesos de reconstrucción de la identidad perdida en un intento por recuperar la memoria de tradiciones y señas de identidad que el estado central había sepultado bajo sus intereses homogeneizadores de la nueva conciencia nacional.

Con todo, no está de más reconocer que una identificación lineal, directa y rígida, entre celtismo y nacionalismo resulta simplista y que éste, como otros productos que son fruto de avatares históricos e ideológicos de larga duración, puede soportar contenidos y sentidos políticos no sólo diversos, sino, incluso, opuestos debido a que como concepto histórico se reformula con el cambio de coyunturas sociales parcialmente y está sujeto a interpretaciones y reelaboraciones ajenos a su contexto original (Parcero, 2005: 153).

Resulta cuando menos paradójico que a Maciñeira no se le haya restituido aún hoy su propio prestigio como arqueólogo más que entre una parte de sus propias filas galleguistas, pero que sí se utilicen institucionalmente (muchas veces sin reconocimiento expreso del débito o la autoría intelectual) sus cuestionables afirmaciones para las campañas de marketing y turismo gallego. Así, sin ir más lejos, en el propio portal turístico de la Xunta de Galicia se afirma que *“el ‘dique fenicio’ constituye un bien patrimonial de gran interés para la arqueología marítima. A pesar de su antigüedad, pues fue construido en el siglo VII antes de Cristo en el puerto de Bares, conserva elementos y dimensiones de una magna obra de ingeniería”* (vid. [www.turgalicia.es](http://www.turgalicia.es)). El caso no es único. En reciente nota de prensa se publicita un importante descubrimiento utilizando el mismo elemento exógeno (“Viva est Cartago”) con el cuestionable objetivo de dar prestigio al hecho histórico (A.A.V.V., 2003). Lo de menos es, evidentemente, la apresurada asignación del “mérito” a los navegantes cartagineses; lo importante es que se recurra a ellos para darle una importancia (presuntamente) objetiva y un impacto público al lugar y al descubrimiento que sin este recurso ya la tenían de antemano.

Al respecto ya hay quien afirma que en este proceso de elaboración permanente de las esencias celtas *“...tantos años de adoctrinamiento calaron hondo, hoy en día, en vez de atenuarse, la cosa ha mutado hasta el aburrimento, diversificándose hasta devenir en una especie de denominación comercial de origen dentro de la cual cabe absolutamente todo y que engorda día a día al ser potenciada sin el más mínimo rubor por la administración autonómica gallega”* (Peña, 2005: 206).

Este proceso, que como vemos en su desarrollo más reciente, no ha estado desprovisto de todo tipo de recursos a la mercadotecnia y marketing efectivo, no contó, sin embargo, a principios del siglo XX con muchas posibilidades de difusión. Sólo el *Seminario de Estudos Galegos* pudo desarrollar esta labor y enarbolar la bandera del autoctonismo, aunque, por las carencias formativas de la época, sólo para una élite ilustrada gallega.

Con todo, no está de más poner de manifiesto que no existió en la práctica ni siquiera entre los miembros del Seminario, ni unidad argumentativa, ni, contrariamente a lo que

aconteció con los casos catalán y vasco, una propuesta nacionalista radical. Por otra parte, si Bouza-Brey, para quien la invasión celta se había convertido en un dogma de fe, o López Cuevillas, en todos los foros reconocidos nacionalistas gallegos e insignes integrantes de la llamada *Generación Nós*, hubieran adoptado posturas abiertamente independentistas, como ha sugerido González Ruibal (2006-2007: 53) no sólo no habrían tenido éxito profesional tras la Guerra Civil, sino que difícilmente habrían evitado la ejecución (caso de Anxel Casal, sostén de la imprenta *Nós* y alcalde de Compostela), el exilio (como Sebastián González, secretario del Seminario, o Luis Tobío) o ser defenestrados, como le sucedió a Maciñeira y al final al mismo Fermín Bouza. Por el contrario, aunque el idioma gallego ya no podría usarse en las publicaciones hasta los años sesenta, otros miembros, en cambio, lograron reincorporarse a la vida civil sin problemas llegando a ocupar cargos de importancia en el nuevo estado franquista. Estos son los casos, entre otros, de Ramón Otero Pedrayo, que colaboró activamente en 1940 en el violento expolio del patrimonio del Seminario, suceso que consagró para la posteridad con su famosa frase: *“Hoxe enterramos o Seminario”*; o de otro de los conservadores galleguistas, Xosé Filgueira Valverde, que será quien convenza poco después a las autoridades franquistas para crear el nuevo Instituto Padre Sarmiento de las cenizas del de Estudos Galegos (Prado, 1997: 460).

En este trato diferencial, no obstante, no habría que despreciar razones “menores” como la formación religiosa, puesto que la mayor parte de este grupo la formaban conservadores católicos (entre ellos el citado Otero Pedrayo, Vicente Risco y López Cuevillas) y activos antimarxistas, como demuestra el *Manifiesto da Dereita Galleguista* que firmaron, contrariamente a la orientación regionalista de izquierda, en fecha tan señalada como el 25 de mayo de 1935:

*“...Como creyentes y como gallegos no sólo nos oponemos a la descristianización de Galicia. Sino que intentaremos llevar a la vida intelectual y a la vida legislativa soluciones cristianas”* (Bobillo, 1981: 119).

No menos significativa es la opinión de Vicente Risco sobre el manifiesto:

*“Derecha Galleguista tiene razón al sostener que su interpretación del galleguismo es legítima, pues Galicia, como país de pequeños labradores, es naturalmente conservadora, además de ser hija espiritual de la Iglesia, cuya enseñanza informa su cultura tradicional y el galleguismo, si ha de ser algo, es una restauración de la tradición”* (Bobillo, 1981: 119).

Mención aparte merece la lucha política actual por apropiarse de las señas de identidad (reales o virtuales) del nacionalismo gallego por parte de la mayoría de las fuerzas políticas.

En este contexto global, los escritos de Maciñeira no pasaron de ser una lectura personal con escaso impacto incluso entre los arqueólogos de la época, la mayor parte de los cuales – recordemos- había recibido una formación específica en Alemania o de profesores formados allí, con todas las desafecciones hacia la cultura púnica de que adolecen los referentes greco-latinos. Los escasos estudios específicos de la época, por tanto, giraban en torno al problema del celtismo de la población gallega y lo que cabría reseñar al respecto es más bien que, mientras que la mayoría de los compañeros buscaba las raíces históricas de Galicia en el centro de Europa, él las buscó de manera peculiar en las navegaciones fenicias venidas del Mediterráneo (probablemente siguiendo en esto más a Schulten), invirtiendo de esta manera la orientación del fenómeno explicativo difusionista de manera nada inocente puesto que por estos años las explicaciones norte/sur o sur/norte resumían por sí mismas sendas concepciones socio-políticas de amplio espectro dependientes de universos ideológicos muy señalados: en concreto la visión africanista de Bosch Gimpera y su escuela (Pericot, Tarradell,...), representantes de convicciones políticas federalistas, y la visión eurocentrista de Martínez Santa-Olalla y los afectos al régimen como Martín Almagro, desde posiciones claramente centralistas o en connivencia con ellas (Ramos *et al.*, 2008: 114-115).

Lo curioso, por tanto, de su propuesta explicativa identitaria es su búsqueda de las raíces galaicas en las navegaciones atlánticas y que en ellas adoptara una forma de difusionismo básica por la que el galleguismo encontraba su esencia en el conjunto de relaciones históricas con otros pueblos del mar (y de otros mares) frente a la propuesta “continentalista” del universo centralista. Y, sobre ellas, la existencia de otro conjunto de relaciones con pueblos mediterráneos que contribuyeron también a la formación de un complejo cultural específico local (así se considera hoy, a grandes rasgos, la cultura castreña: Peña, 2005: 208). Incorpora, con ello, una visión totalmente contraria a la tradición galleguista como tal (no así a la anticuarista), cual es, frente a las tesis aislacionistas y ruralistas, la existencia de contactos habituales a través de los puertos marítimos a través de cuyos contactos regulares se produce una transmisión de los cambios tecnológicos, sociales y culturales “civilizados”.

Maciñeira es capaz de sostener la existencia de un “substrato” fenicio en la prehistoria gallega, algo que, sin embargo, no era original puesto que autores como Verey y Vicetto, entre otros, ya lo habían hecho aunque apoyándose en argumentos toponímicos y en el tópico de la Torre de Hércules (Armada, 2003: 46). Lo que sí es original en esta fundamentación es el recurso a la arqueología para lo cual no duda en convertir el puerto de Bares, con escasas pruebas materiales para ello, en fundación fenicia a través del cual se extrae el mineral de estaño (1896b), a la vez que los habitantes de la zona son formados por éstos en el trabajo de los metales, fenómeno claramente civilizador en la Edad del Bronce. Por otra parte, al presentar

como principal atractivo de los foráneos la producción local de estaño y, sobre todo, al citar la existencia de explotaciones agrícolas en las cuencas fluviales del interior antecede concepciones modernas de las tesis indigenistas que no se incorporarán a la historiografía científica específica hasta bien entrado los años 80, cuando el nuevo nacionalismo periférico recupere los argumentos tradicionales historiográficos. Es, por ello, el último representante de una corriente arqueológica pre-científica en Galicia que se pierde con la institucionalización del celtismo y la cultura castreña como concreciones historicistas del *hecho diferencial* original afecto al galleguismo tradicional.

Pero lo más elocuente en su obra es la permanente lucha que se produce entre líneas entre los modelos explicativos de Bosch y de Obermaier, fiel a la disputa científica de la época, que representaba a otra lucha, esta vez ideológico-política, de un matiz más amplio, complejo y traumático. Aunque visible, como ya se ha dicho, a lo largo de toda su obra póstuma, esta condición se manifiesta ya en toda su amplitud en el último capítulo del libro de Bares (Maciñeira, 1947: 365-370), en el que los argumentos abiertamente se polarizan entreviéndose las dos concepciones de cada escuela y, de manera especialmente elocuente, el peso creciente de la centralista, hecho que, bien por el propio curso de los acontecimientos políticos, o, bien, por el propio peso en la edición final que debió asumir unilateralmente Fermín Bouza (por esos años colaborando con el régimen) se consuma, por ejemplo, estableciendo una continuidad expresa entre la cultura megalítica y la fundación de Bares, inexistente con esta contundencia en los capítulos iniciales (*id.*: 365).

## 5. Bibliografía.

- A.A.V.V., 2003: "Viva est Cartago". En *Anuario 2003*, pp. 54-57. Consello da Cultura Galega. Santiago de Compostela. [www.culturagalega.org](http://www.culturagalega.org). (extraído el 16 de junio de 2005).
- ACINAS GARCÍA, J.R., MENÉNDEZ IGLESIAS, F. y FERNÁNDEZ SUÁREZ, J.M., 2007: "El puerto de Bares". En ARENILLAS, M., SEGURA, C., BUENO, F. y HUERTA, S., Eds.: *Actas del V Congreso Nacional de Historia de la Construcción* (Burgos, 7-9 junio 2007), I, pp. 1-10. Juan de Herrera – SedHC – CICCIP - CEHOPU. Madrid.
- ARCE MÉNDEZ, A. y RAMIL REGO, Ed., 2007: *Fermín Bouza-Brey e Trillo, 1901-1973*. Serie "Pioneiros da Arqueoloxía". Museo de Prehistoria e Arqueoloxía de Vilalba. Vilalba.
- ARMADA PITA, X.-L., 2003: "O legado de Federico Maciñeira e o patrimonio prehistórico de As Pontes na xénese da arqueoloxía galega". En ALONSO TRONCOSO, V., Coord.: *Patrimonio Histórico de As Pontes de García Rodríguez*, pp. 27-122. Universidade da Coruña. A Coruña.
- ARMADA PITA, X.-L., 2004: "Pericot e a arqueoloxía galega: ensaio de aproximación".

- Gallaecia* 23, pp. 251-271.
- BETTENCOURT, A.M., 1998: “O conceito de Bronze Atlântico na Península Ibérica”. En JORGE, S. O., Ed.: *Existe una Idade do Bronze Atlântico?*, pp. 18-39. Trabalhos de Arqueologia 10. Lisboa.
- BOBILLO DE LA PEÑA, F.J., 1981: *Nacionalismo gallego: la ideología de Vicente Risco*. Akal Ediciones S.A. Madrid.
- BOUZA-BREY, F., 1947: “Prólogo”. En MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F.G.: *Bares. Puerto hispánico de la primitiva navegación occidental*, pp. 7-17. CSIC-Instituto P. Sarmiento de Estudios Gallegos. Santiago de Compostela.
- CASADO RIGALT, D., 2006: *José Ramón Mélida (1856-1933) y la arqueología española*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- DÍAZ-ANDREU, M., 1997: “Nación e internacionalización. La Arqueología en España en las tres primeras décadas del siglo XX”. En MORA, G. y DÍAZ-ANDREU, M., Eds.: *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, pp. 403-416. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga. Málaga.
- DÍAZ-ANDREU, M., 2002: *Historia de la arqueología en España: estudios*. Ediciones Cásicas. Madrid.
- DÍAZ SANTANA, B., 2001: “La cultura castreña y el proceso de creación de la identidad nacional gallega”. *Arqueoweb* 3 (3), pp. 1-17.
- DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C., 2005a: “*Gallaecia Poena*. Avance para una definición no esencialista del Hierro Final noroccidental”. *Gallaecia* 24, pp. 35-60.
- DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C., 2005b: “Materiales púnico-gaditanos en los confines del Extremo Occidente atlántico”. *Antiquitas* 17, pp. 5-12.
- DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C., 2006a: *Gadir y los fenicios occidentales federados (V-III AC). Dialéctica aplicada al territorio productivo turdetano*. British Archaeological Reports, International Series nº 1513. Oxford.
- DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C., 2006b: “La ruta púnica hacia el Extremo Occidente Noratlántico”. *Gallaecia* 25, pp. 45-63.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J., 2007: “La regulación y la gestión del Patrimonio Histórico durante la Segunda República (1931-1939)”. *e-rph. Revista Electrónica de Patrimonio Histórico* 1, diciembre, pp. 1-44.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A., 2006-2007: *Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C. – 50 d.C.)*, I. Brigantium 18. Museo Arqueológico e Histórico Castelo de San Antón. A Coruña.
- HÜBNER, E., 1896: “Variedades I. Galicia histórica y prehistórica”. *Boletín de la Real Academia de la Historia* XL, pp. 547-553.

- HÜBNER, E., 1903: “Nuevas inscripciones. San Pedro de Vivero”. *Boletín de la Real Academia de la Historia* XLII, pp. 142-144.
- JUEGA PUIG, J., 1996: “A implantación dun mito: o celtismo en Galicia”. En HIDALGO CUÑARRO, J.M., Coord.: *A cultura castrexa a debate*, pp. 41-62. Instituto de Estudios Tudenses. Tui.
- LÓPEZ CUEVILLAS, F., 1953: “La Oestrimnida y sus relaciones marítimas”. *Cuadernos de Estudios Gallegos* VIII/24, pp. 5-44.
- LÓPEZ MONDÉJAR, P., 1992: *Las fuentes de la memoria II. Fotografía y sociedad en España, 1900-1939*. Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Centro Nacional de Exposiciones – Ediciones Lunwerg. Madrid.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1891: “Celtas y romanos”. *El Cabo Ortegal*, 19 de abril.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1895a: “Investigaciones prehistóricas en Galicia, I”. *La Ilustración Artística* 684, 4 de febrero, p. 126.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1895b: “Investigaciones prehistóricas en Galicia, II”. *La Ilustración Artística* 687, 25 de febrero, p. 174.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1896a: “Descubrimientos arqueológicos en Galicia. Restos de una pesquería en Galicia”. *La Voz de Galicia* 4552, 23 de junio.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1896b: “Fenicios en Galicia”. *La Ilustración Española y Americana* XXXII (30 agosto), pp. 123-126.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1897a: “Castros prehistóricos de Galicia (apuntes para su estudio), I”. *Revista Crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas e hispano-americanas* 4 (abril), pp. 102-106.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1897b: “Castros prehistóricos de Galicia (apuntes para su estudio), II”. *Revista Crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas e hispano-americanas* 8/9 (agosto/septiembre), pp. 264-267.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1900: “Castros prehistóricos de Galicia (apuntes para su estudio), y III”. *Revista Crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas e hispano-americanas* 11/12 (novembro/dicembro), pp. 493-499.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1924a: “Relaciones marítimas entre el Norte de Galicia y las Islas Británicas en tiempos prehistóricos (I)”. *Boletín de la Real Academia Gallega* 160 (abril), pp. 73-81.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1924b: “Relaciones marítimas entre el Norte de Galicia y las Islas Británicas en tiempos prehistóricos (II)”. *Boletín de la Real Academia Gallega* 161 (maio), pp. 104-110.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1924c: “Relaciones marítimas entre el Norte de

- Galicia y las Islas Británicas en tiempos prehistóricos (III)". *Boletín de la Real Academia Gallega* 162 (xuño), pp. 140-147.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1928: "Nuevos hallazgos arqueológicos en el puerto de Bares (Ortigueira)". *Boletín de la Real Academia Gallega* (maio), pp. 314-318.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1929: "Notable grupo de círculos líticos y túmulos dolménicos en la cuenca superior del río Eume". *Arquivos do Seminario d'Estudos Galegos* II, separata de 38 pp. La Coruña.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1935: "La distribución de las estaciones prehistóricas ortegalesas y sus características". *Boletín de la Real Academia Gallega* 259 (agosto), pp. 169-181.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1942-1943: "Túmulos prehistóricos. Inventario descriptivo de los doscientos ochenta y seis túmulos prehistóricos ahora descubiertos en la avanzada comarca del Cabo Ortegal". *Boletín de la Real Academia de la Historia* XXXIII (y otros números), pp. 21-29, 124-135, 178-186, 228-239, 314-321 y 15-34.
- MACIÑEIRA Y PARDO DE LAMA, F. G., 1947: *Bares. Puerto hispánico de la primitiva navegación occidental*. Texto revisado y publicado por F. Bouza-Brey. CSIC-Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos. Santiago de Compostela.
- MAIER ALLENDE, J., 2007: "La Historia de la Arqueología en España y la Real Academia de la Historia: balance de 20 años de investigación". En GONZÁLEZ REYERO, S., PÉREZ RUIZ, M. y BANGO GARCÍA, C. I., Coords.: *Una nueva mirada sobre el patrimonio histórico. Líneas de investigación arqueológica en la Universidad Autónoma de Madrid*, pp. 79-142. Madrid.
- MEDEROS MARTÍN, A., 1996: "La conexión levantino-chipriota. Indicios de comercio atlántico con el Mediterráneo Oriental durante el Bronce Final (1150-950 AC)". *Trabajos de Prehistoria* 53, 2, pp. 95-115.
- MEDEROS MARTÍN, A., 1997: "Cambio de rumbo. Interacción comercial entre el Bronce Final atlántico ibérico y micénico en el Mediterráneo Central (1425-1050 A.C.)". *Trabajos de Prehistoria* 54, 2, pp. 113-134.
- MORA, G. y DÍAZ-ANDREU, M., Eds., 1997: *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga. Málaga.
- NAVEIRO LÓPEZ, J.L., 1991: *El comercio antiguo en el Noroeste peninsular*. Monografías del Museu Arqueolóxico e Histórico de A Coruña nº 5. A Coruña.
- OBERMAIER, H., 1923: "Impresiones de un viaje prehistórico por Galicia". *Boletín Arqueológico de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Orense* VII (148-149), pp. 1-21 y 25-48.



- PARCERO OUBIÑA, C., 2005: "Los celtas en la cara oculta de la Luna". *Complutum* 16, pp. 151-155
- PEÑA SANTOS, A. de la, 2005: "Quiero creer: reflexiones desde Galicia de un escéptico en celtismo". *Complutum* 16, pp. 205-208.
- PEREIRA GONZÁLEZ, F., 1996a: "Unha contribución ó estudio da historia da arqueoloxía galega: o emprego da información arqueolóxica en Galicia (1800-1922)". *Gallaecia* 14-15, pp. 7-29.
- PEREIRA GONZÁLEZ, F., 1996b: "O pensamento arqueolóxico e antropolóxico de Leandro Saralegui y Medina (1839-1910)". *Cuadernos de Estudios Gallegos* XLIII, nº 108, pp. 9-33.
- PEREIRA GONZÁLEZ, F., 2000: "O mito celta na Historia". *Gallaecia* 19, pp. 311-333.
- PRADO FERNÁNDEZ, O., 1997: "El Seminario de Estudios Galegos: génesis, aportación y desaparición". En MORA, G. y DÍAZ-ANDREU, M., Eds.: pp. 457-461. *La cristalización del pasado. Génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga. Málaga.
- RAMIL REGO, E. y MUÍÑO MANEIRO, X.A., 2006: *Federico Maciñeira y Pardo de Lama, 1870-1943*. Serie "Pioneiros da Arqueoloxía". Museo de Prehistoria e Arqueoloxía de Vilalba. Vilalba.
- RAMOS, J., PÉREZ RODRÍGUEZ, M., DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C. y VIJANDE, E., 2008: "El africanismo en los estudios pre- y protohistóricos. La aportación de Miguel Tarradell". En BERNAL, D., RAISSOUNI, B., RAMOS, J., ZOUAK, M. y PARODI, M., Eds.: *En la orilla africana del Círculo del Estrecho. Historiografía y proyectos actuales*, pp. 105-141. Actas del II Seminario Hispano-Marroquí de Especialización en Arqueología. Colección de Monografías del Museo Arqueológico de Tetuán (II). Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz – Dirección Regional de Cultura Tánger-Tetuán del Reino de Marruecos. Cádiz.
- RUIZ ZAPATERO, G., 2002: "Arqueología e identidade: la construcción de *referentes de prestigio* en la sociedad contemporánea". *Arqueoweb* 4 (1), mayo, pp. 1-23.
- SUÁREZ OTERO, J., 1996: "Moedas iberopúnicas de Bares". En VILA, M.D., Coord.: *O patrimonio histórico da Universidade de Santiago de Compostela. Catálogo*, pp. 152-153. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago. Santiago.